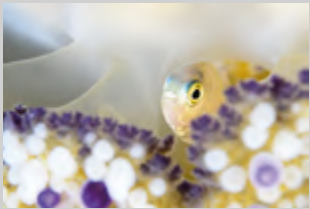


IRIS

Número 30 • 2023





Coordinación:
Javier Marquerie

Equipo técnico:
Cecilio Romero, Joan Marquès, Marta Uceda,
Roberto Bueno, Vicent Ferri

Redacción:
Aitor Badiola, Andrés Miguel Domínguez, Arai
Alonso Melian, Cecilio Romero, Chus Recio,
Javier Alonso Torre, Javier Marquerie, Jorge
Silva, José Luis Gómez de Francisco, Juan Gar-
cía Lucas (Pixelecta), Juan Pablo Plaza, Juanjo
Teixeira, Lidya Queiruga, Lola López, Luis Mi-
guel Ruiz Gordón, Marta Josa, Merche Llobera,
Rafael Armada, Ramiro Díaz, Raquel Correa,
Roberto Bueno

Corrección de textos, diseño y maquetación:
Marián Sáenz-Diez Molina
masaenzdiez@gmail.com
FotoNaTour
Ediciones

Corrección de pruebas:
José Luis Llopis, Ramiro Díaz, Roberto Bueno

Impresión:
Quinta Impresión
Polígono Industrial Las Atalayas (Alicante)
info@quintaimpresion.com
quintaimpresion.com
QUINTAIMPRESION

Depósito legal:
SE-1667-1994
ISSN: 1579-8739

Edita:
AEFONA
Asociación Española de Fotógrafos
de Naturaleza
secretaria@aeфона.org
aeфона.org

Impreso en España

AEFONA no se hace responsable de las opiniones ex-
presadas por los colaboradores de la revista.

© AEFONA 2023. Todas las imágenes son propiedad de sus
autores. Todos los derechos reservados. Queda prohi-
bida la reproducción total o parcial de esta publicación
en cualquier formato electrónico o mecánico, incluidas
la reprografía o el soporte magnético, sin el consen-
timiento previo por escrito de los autores.

En todo momento hemos intentado identificar correc-
tamente a los autores de las fotografías mostradas, así
como la información correspondiente a cada una de
ellas. Lamentamos cualquier posible error u omisión.

aeфона.org



La Asociación Española de Fotógrafos de Naturaleza (AEFONA) es una entidad sin ánimo de lucro, nacida en 1993 e inscrita en 1994, que aglutina a un amplio colectivo de fotógrafos aficionados y profesionales de toda España.

Su principal nexo de unión es la pasión por la fotografía y el respeto por la naturaleza.

Los fines de la Asociación son, entre otros, la difusión de la fotografía de la naturaleza y la defensa de la práctica de esta actividad en España. Para ello, AEFONA cuenta con un código ético que rige la actuación del fotógrafo en el campo y que antepone el bienestar de los sujetos a la obtención de fotografías.

AEFONA trabaja, especialmente y entre otras líneas de actuación, en impulsar y apoyar iniciativas que aúnan conservación y fotografía, así como en estrechar la colaboración con las Administraciones competentes en temas ambientales y con otras organizaciones sociales.

A lo largo del año, la Asociación realiza diversas actividades, como exposiciones, proyecciones, cursillos y salidas al campo.

AEFONA organiza anualmente un congreso, uno de los eventos más importantes de la fotografía de naturaleza en España y espacio de encuentro entre los socios y todas las personas interesadas en esta modalidad fotográfica. Durante varios días, se puede disfrutar de las mejores imágenes de naturaleza en ponencias, audiovisuales y exposiciones, y asistir a la presentación de libros y material en stands de empresas del sector.

AEFONA publica su revista oficial, IRIS, que muestra, entre otros contenidos, artículos sobre fotografía y naturaleza y una selección de los mejores trabajos fotográficos de algunos de sus socios.

PRESIDENTE

Cecilio Romero

VICEPRESIDENTE

Luis A. Domínguez

SECRETARIA

Manel Benavente

TESORERO

José Ramón Maciá

VOCALES

Naia Pascual

Esteban García Montoro

Juan Pablo Plaza

Raquel Correa

CARTA DEL PRESIDENTE

Nunca me habría imaginado tener la oportunidad y el honor de presidir esta asociación. La casualidad, o las circunstancias, han propiciado que, desde el pasado diciembre, con vuestro apoyo, sea el representante de AEFONA y presidente de la nueva junta directiva encargada de seguir trabajando para que la Asociación sea un referente de calidad en el ámbito de la fotografía de naturaleza y la conservación.

La Junta quiere agradecer el apoyo y la dedicación de aquellos que han aportado parte de su tiempo y trabajo para aportar a la trigésima edición de la revista *Iris* esos momentos inolvidables que captaron nuestras cámaras, fiel reflejo de las miradas curiosas que aguardaban a que sucediese lo inesperado o lo deseado.

Queremos felicitar también a todos los miembros de AEFONA, por lograr que, gracias a sus fotos, estemos en las RR. SS. y en el boca a boca diario de los aficionados y profesionales de esta especialidad fotográfica.

Durante este año, hemos terminado de subsanar ciertas incidencias legales y burocráticas que ya la Junta interina empezó a gestionar. Seguimos trabajando para retomar las actividades, proyectos y colaboraciones que teníamos planteados: salidas con un fotógrafo que nos aporte la experiencia de su trabajo, como la que hicimos con Víctor Ortega por la Comunidad de Madrid o la organizada con nuestro compañero Pedro J. Pascual por Teruel. También tuvimos la «Salida por el há-

bitat del oso pardo», organizada con la Fundación Oso Pardo por el parque natural de Somiedo.

Soy muy consciente de que AEFONA, por ser la única organización de su género de ámbito nacional, por tener entre sus filas grandes maestros de la fotografía de naturaleza y de conservación y por su código ético —referente para otras asociaciones—, debe aspirar a tener esa capacidad de liderazgo. Para ello, es imprescindible generar las sinergias necesarias para colaborar con las organizaciones privadas y públicas, aportando nuestro conocimiento, experiencia y trabajo.

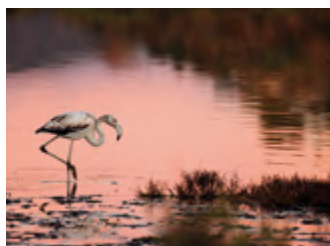
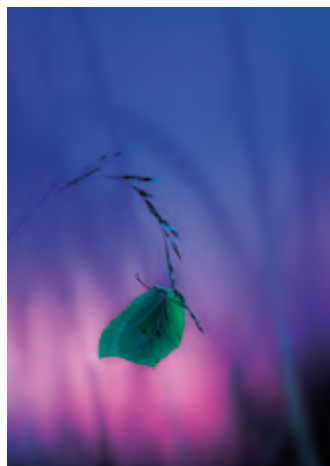
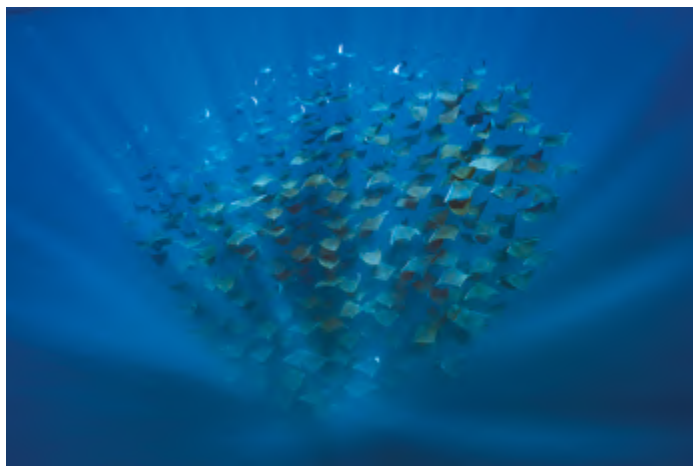
Este año se cumplen 30 años desde que una serie de fotógrafos unieron sus trabajos y deseos para fundar, en Talavera de la Reina (Toledo), la primera asociación de fotógrafos de naturaleza en España, y otra localidad castellano-manchega, Daimiel, ha sido la elegida para celebrar el Congreso del 30 aniversario. Coincidiendo también con el 50 aniversario de la creación del Parque Nacional de las Tablas de Daimiel, podremos participar de sus actividades.

Los proyectos y retos planteados por la Junta continúan para ser materializados en 2024. Un año más, serán bienvenidas todas las ideas y proyectos que nos aportéis. Entre todos conseguiremos que AEFONA siga siendo en el futuro un gran referente en fotografía de naturaleza y conservación.

Cecilio Romero
Presidente de AEFONA

Foto de la cubierta:
© Xavier Mas Ferrá
Buscando protección
Jurel (*Trachurus* sp.) entre tentáculos de
agua cuajada (*Cotylorhiza tuberculata*). Ibiza
Nikon D500, Nikkor 60 mm, f/14, 1/50 s,
ISO 100, 2 flashes, carcasa





SUMARIO

Carta del presidente	3
----------------------	---

NOTICIAS

XXX Congreso de AEFONA (Santiago de Compostela)	6
IV Concurso AEFONA Fotografía para la Conservación	8
Exposición Reveladas AEFONA: «Revelamos nuestros rincones»	9
Un día en su vida I: Víctor Ortega	10
Un día en su vida II: Pedro Javier Pascual	11
Salida Hábitat del oso pardo. Lagos de Salencia (Somiedo, Asturias)	11
Concursos de fotografía de naturaleza	12

PUBLICACIONES DE LOS SOCIOS

Fotografía macro. Bienvenido al micromundo, de Iván González	14
Central Park: Aves en sus cuatro estaciones, de Héctor Cordero	14
Inspirado por las aves, de Mario Suárez	15
A vuelapluma: Crecer con la fotografía, de Fran Nieto	15
Earth's Nature 2012-2022, de Miquel Angel Artús Illana	16
Naturaleza subliminal, de Félix de la Casa	16

ENTREVISTA

Luisa Abenza	17
--------------	----

REPORTAJES

La otra fauna de Garamba (Luis Miguel Ruiz Gordón)	20
El Desierto de La Soledad. Tiempos en una selva sin tiempo (Jorge Silva)	30

ARTÍCULOS

Humedales y cerceta pardilla (Lola López)	38
Cúpulas del bosque (Aitor Badiola)	44
El abejaruco europeo en la sierra de Cádiz (Andrés Miguel Domínguez)	50
Polvo de hadas (Ramiro Díaz)	56
Pequeños paisajes naturales (Javier Alonso Torre)	62

PORFOLIOS

Merche Llobera	68
Arai Alonso Melian	74
Rafael Armada	80
Juanjo Teijeira	86
Chus Recio	92
Juan García Lucas, Pixelecta	98

IMÁGENES DE LOS SOCIOS

Selección de fotografías de los socios	104
--	-----

XXX CONGRESO DE AEFONA (SANTIAGO DE COMPOSTELA)

Como ya viene siendo habitual, los primeros días del último mes del año, aprovechando el puente de la Constitución, quedaban reservados para la celebración de un nuevo congreso. No podíamos faltar, se reunían ingredientes suficientes como para no perdérselo: por un lado, como siempre, la excusa perfecta para encontrarnos con tantos amigos; por otro, el número redondo (XXX Congreso), la calidad de los ponentes, la especial importancia de la asamblea de este año... y el destino, la acogedora ciudad de Santiago de Compostela.

Allí nos reunimos del 3 al 6 de diciembre, en un congreso cuya gestión y coordinación

corrió principalmente a cargo de Naia Pascual y Xan Gasalla. El lugar era muy cómodo y acogedor: la Hospedería San Martín Pinario. Tenía la gran ventaja de que tanto las habitaciones como el comedor y el salón quedaban en el mismo edificio, con lo que nos evitábamos desplazamientos innecesarios. Un gran acierto. La sala, sin embargo, no reunía las mejores condiciones por cuanto las proyecciones debían hacerse directamente sobre una pared pintada de amarillo en la que, además, circulaba algún cableado que atravesaba la imagen proyectada. Por otro lado, los fallos en el equipo de sonido terminaron provocando retrasos y alteraciones en las ponencias...

Estos detalles, aun siendo importantes, sobre todo tratándose de un congreso de fotógrafos, en el que la cuidada proyección fotográfica debería ser una máxima, no dejaron de ser sino una anécdota ante un hecho, desgraciado, que marcó el encuentro en tierras gallegas...

Y es que hay veces que la vida se encarga de que pongas en orden tu escala de valores. Cuando lo hace, es así de contundente. Increíblemente, nuestra compañera Isa Herrera, que como socia asistía al Congreso, falleció de manera repentina la noche del domingo 4 de diciembre mientras charlaba animadamente con varios de los socios que habíamos acudido a Galicia

y volvíamos de la cena celebrada en un restaurante de la zona. Isa, integrante activa del Comité Reveladas y de Solidarios, destacaba por su simpatía, alegría y energía vital, y nos dejó a todos huérfanos, mudos, ensombrecidos ante tamaña desgracia. Deja un hueco en nuestros corazones, sin duda acrecentado por la ilusión y ganas de vivir que transmitía a todos aquellos que tuvimos la suerte de conocerla. Descansa en paz, Isa.

Pero vayamos a las actividades del Congreso. Hubo varias exposiciones, no solo en la propia hospedería, sino también en algunos establecimientos colaboradores, y se programaron dos salidas fotográficas, con Sergio Marcos y Fran Nieto.

Las ponencias comenzaron el sábado 3 con Santi Palacios (en la titulada «Sonda Internacional. Periodismo visual sobre la crisis climática»), la fotógrafa gallega Cristina Abilleira («Fotografía de fauna salvaje: sentimientos en imágenes»), Francis de Andrés («Viajes fotográficos: planificación y creatividad») y Víctor Ortega («Fotografía de Naturaleza: del digiscoping a Twitch»).

Para el domingo 4 quedaron las de Roberto García Roa («Testigos de lo incierto: entender y conservar a través de las imágenes»), Alejandro Peláez («Cómo elegir tu equipo de observación»), Francisco Márquez («El poder de las historias»), Marta Bretó («De hombres y zorros. Historia del primer poblador islandés») y la de Adrián Ordieres y Naia Pascual («De la tundra ártica al desierto»). Hubo también espacio para una mesa redonda sobre conservación, en la que participaban Luis Alberto Domínguez, José

Luis Ojeda, Roberto García Roa, Marta Bretó y Francisco Márquez. Y tampoco faltó una breve presentación de los libros de Félix Gil de la Casa, Miguel José Ábalos y Fran Nieto, publicaciones que los asistentes pudimos adquirir allí firmadas gustosamente por los propios autores. Finalmente se hizo entrega de los premios del III Concurso AEFONA Fotografía para la Conservación.

El lunes 5 comenzó con la asamblea general, en la que uno de los puntos importantes fue la elección de una nueva junta directiva. Solo había una propuesta, comandada por Cecilio Romero como presidente, que contó con la aprobación mayoritaria de los socios.

Para este día quedaron reservadas las ponencias de José Luis Ojeda, que nos hizo soñar con los lince de Andújar en «La sierra de Andújar, el santuario del lince ibérico», Pedro Javier Pascual y su especialidad macro («Lo que el ojo no ve: insectos en vuelo»), Marcus Westberg («Conservation photojournalism») y Adriana Sanz (que nos acompañaría online desde Argentina con «Descubre, imagina y crea tu propia imagen»).

Lola López prefirió cancelar la suya («La magia de lo cotidiano»), como pequeño pero sincero homenaje a Isa Herrera, compañera de comité y amiga personal. Y Oriol Alamany suspendió también su ponencia «Svalbard, viajes al Ártico en busca del oso polar», al surgirle un imprevisto y no poder asistir al Congreso.

La última actividad del día fue una breve charla, a cargo de quien suscribe, para presentar el trabajo que se estaba haciendo sobre la historia de AEFONA para la edición del libro que resume lo ocurrido en estos 30 años de asociación, así como un audiovisual sobre este tema preparado por José Luis Llopis.

El martes 6 se daba por clausurado el Congreso con las últimas ponencias de este encuentro anual: las de Juan M. Adrio Fondevilla («Trilogía del paisaje: gris, blanco y negro»), Fran Nieto («Mi visión del paisaje»), Mario Suárez Porras («Inspirado por las aves») y Arturo de Frías («Observa, imagina, actúa: The Evidence Project»).

José Luis Gómez de Francisco



Foto de Naia Pascual



Foto de Naia Pascual

IV CONCURSO AEFONA FOTOGRAFÍA PARA LA CONSERVACIÓN

Este año, tras importantes cambios, como la nueva dirección del Concurso —a cargo de nuestro compañero y prestigioso fotógrafo Mario Suárez Porras—, y el respaldo mayoritario de los socios en la asamblea extraordinaria que se celebró el pasado 25 de junio, hemos convocado la IV edición de nuestro concurso fotográfico.

Otro cambio ha sido la incorporación del Premio José Antonio Valverde de Conservación. Este premio, creado en 2002 por la Comisión de Conservación y Ética de AEFONA, se entregó por primera vez, en el congreso de ese año, al profesor Valverde como galardón honorífico. En 2015 se encargó la gestión del Premio al Comité de Conservación.

En esta IV edición, se ha decidido incorporar este premio para darle mayor visibilidad y relevancia, a la vez que se le añade al Concurso un enfoque más conservacionista para distinguirlo de otros concursos de fotografía de naturaleza, así como para divulgar estos valores y animar a

más fotografías a sumarse a este proyecto.

Este año, en el que nuestro congreso se celebra junto a un parque nacional que trata de proteger uno de los humedales más importantes de nuestro país, Las Tablas de Daimiel, tiene especial relevancia recordar la memoria del profesor José Antonio Valverde, quien en la década de 1950 encabezó el movimiento conservacionista en defensa de los humedales del Guadalquivir contra un plan de desecación que hubiese terminado con su existencia. Colaboró en un programa de anillamiento de aves para su control y fue cofundador, en 1954, de la Sociedad Española de Ornitología (SEO).

Queremos agradecer la acogida que esta IV edición del Concurso ha tenido entre los miembros de AEFONA, con una participación que ha rondado el 25 % de nuestros afiliados, demostrando la gran aceptación del Concurso y convirtiéndose así, junto con el Congreso y la revista *Iris*, en uno de los tres eventos

más importantes de AEFONA. Se han presentado siete proyectos al Premio José Antonio Valverde de Conservación y casi 2900 fotografías. Y todo ello a pesar de haber contado con un plazo de presentación de trabajos mucho más limitado que en ediciones anteriores y, por consiguiente, con una menor publicidad y visibilidad en nuestras redes sociales.

Igualmente hacemos extensivo este agradecimiento a todos nuestros patrocinadores: Fujifilm, OM SYSTEM, Sony, Fotografiarte, Foto Ruano, Arcadina, Vanguard, Fotocasión y PhotoPills. Con sus imprescindibles aportaciones, ha sido posible reunir un gran número de premios, atractivos y competitivos, valorados en 13 500 €, de los que 3000 € han sido en metálico.

También queremos agradecerles el trabajo y esfuerzo dedicados a los fotógrafos que han actuado de jurado: Mario Suárez, Albert Masó, Isabel Díez San Vicente, Marta Bretó y Cristina Abilleira.

La actual junta directiva está comprometida en que el Concurso continúe esta senda de crecimiento y se posicione en el calendario de los concursos fotográficos más prestigiosos como un referente de fotografía conservacionista. Asimismo, queremos que sea un aliciente más para atraer nuevos socios y que sirva de guía para los fotógrafos que quieran emprender proyectos de conservación.

Cecilio Romero



UN DÍA EN SU VIDA I: VÍCTOR ORTEGA

En FOTOFIO 2023, Víctor Ortega, uno de los fotógrafos profesionales con una trayectoria más innovadora y con mayor proyección en la actualidad, hizo una presentación muy interesante bajo el título «Fotografías de aves en entornos urbanos».

Víctor nos mostró que un lugar tan inhóspito para las aves como es la ciudad de Madrid puede convertirse en un fantástico terreno para el fotógrafo de naturaleza.

AEFONA se hizo eco de una de las principales demandas de nuestros miembros: dinamizar la participación a través de actividades fotográficas en diferentes puntos de nuestra geografía, y puso en marcha una iniciativa denominada «Un día en su vida», por la cual un grupo de miembros de la Asociación pasaría un día con un fotógrafo de naturaleza de reconocido prestigio.

Se decidió estrenar esta iniciativa con Víctor pasando un día en Madrid y sus alrededores. Se unieron siete personas, que quedaron el sábado 25 de marzo con Víctor para fotografiar aves.

La primera parte de la actividad se desarrolló en el parque regional del Sureste, en las lagunas cercanas al Soto de las Juntas. La niebla, que en esos momentos cubría las riberas de los ríos Jarama y Manzanares, añadió un punto de interés al entorno. Zampullines, porrones, fochas, calamones comunes y una larga lista de aves comenzaron a desfilarse frente a nuestras cámaras.

También estuvimos en un paraje que Víctor conoce bien y donde ha tomado alguna de sus icónicas fotografías. Cerca de la estación del Metro Ligero, se encuentra una impresionante colonia de cigüeñas blancas. Allí estuvimos «jugando» hasta que decidimos ir a nuestro siguiente destino.

A media mañana, al tiempo que el sol comenzaba a calentar, decidimos cambiar de aires. Nos dirigimos a un entorno *a priori* tan poco atractivo para la fotografía de naturaleza como un parque urbano ya en plena ciudad: el parque de Valdebernardo.

Si en el Soto de las Juntas los signos de la intervención humana eran más que evidentes, en el parque de Valdebernardo la presencia humana era, sin duda, lo más significativo.

Sábado por la mañana en Madrid: día de temperaturas primaverales y decenas de personas paseando, organizando picnics y

fiestas de cumpleaños. Y entre ellos, pasando totalmente desapercibidos, aves que en principio no esperaríamos ver allí: golondrinas recogiendo barro en los charcos que se producían alrededor de las bocas de riego, pollas de agua que combatían con gran estruendo, o los coloridos pitos ibéricos.

El objetivo inicial que se había fijado AEFONA se alcanzó con creces, puesto que pudimos comprobar que es posible disfrutar de la fotografía de naturaleza en un entorno realmente cercano para la mayoría de nosotros. Y, a pesar de nuestras experiencias anteriores, siempre es sorprendente descubrir cómo los animales silvestres se superponen a todos los escollos que los seres humanos les ponemos para salir adelante, incluso en los entornos más complicados.

Raquel Correa y Juan Pablo Plaza



UN DÍA EN SU VIDA II: PEDRO JAVIER PASCUAL

En nuestra segunda salida «Un día en su vida», nos hemos movido, de la mano de Pedro Javier Pascual, a Teruel, tierra que conoce y fotografía desde muy joven.

En sus fotografías no busca una imagen documental ni plasmar una realidad, sino recrearse en imágenes más expresivas e imaginativas y, aunque todas sus fotografías las ha tomado en la naturaleza y a todos los animales los ha fotografiado en libertad, en su medio natural, intenta representar conceptos más artísticos, en los que prioriza su forma de ver la realidad y no tanto el reflejarla fielmente.

Once miembros de AEFONA y otras cuatro personas no pertenecientes a la Asociación, procedentes de Teruel, Alicante, Valencia, Villena y Madrid, decidieron unirse a esta iniciativa el pasado 17 de junio.

La actividad empezó a las 8 de la mañana en la localidad

de Bronchales, en la sierra de Albarracín. Nos distribuimos en los coches y fuimos hacia la zona conocida como «el cerro de la Laguna». Tras un rico pinar, se encuentra el humedal, abastecido únicamente por aguas pluviales y deshielos tras el invierno.

El lugar, bello y tranquilo, es perfecto para disfrutar de los juegos visuales de los reflejos, la humedad y el frondoso pinar, que ayuda a conservar la flora acuática y la fauna asociada a ambientes rupícolas, básicamente anfibios, que optan por la laguna como principal lugar de desove.

Cuando dejamos los coches en la pista, no nos podíamos creer la laguna que encontraríamos a 1700 metros de altitud, con caballitos del diablo, libélulas, ranitas de San Antonio y un buen número de arañas. Estaba llena de posibilidades fotográficas: reflejos en el agua, insectos, abstracciones, macro... Por

supuesto, contamos todo el rato con los consejos y la atención de Pedro Javier.

Tras dos horas de fotografía y charla fotográfica por la laguna, decidimos bajar al pueblo de Bronchales, pero en el camino hacia los coches encontramos un pequeño charquito donde nos pareció ver a un sapo saltar. Al acercarnos, nos sorprendió una preciosa mariposa atrapada en una capa bacteriana, que nos dio mucho juego fotográfico.

Por la tarde, hicimos una visita a la dehesa de Griegos. Es una pradera llena de flores, en la que Pedro nos contó cómo sacarles más partido, así como a los reflejos que entraban por los árboles, y nos explicó detalles interesantes de las plantas de la zona. En el fondo de la dehesa también había una charca repleta de ranas.

La actividad tendría que haber terminado aquí, pero a las nueve de la noche nos fuimos a compartir unas cañas y unas tapas. A todos nos hacía mucha ilusión continuar, porque Pedro nos había dicho que la noche anterior habían visto mariposas isabelinas (*Graellsia isabellae*), una de las más vistosas de la fauna europea. Hubo suerte, y todos regresamos a nuestras casas con este magnífico animal en nuestras tarjetas.

Agradecemos a Pedro Javier, su generosidad al compartir un día con todas las personas que participamos en la salida.

Redacción



Foto de Cristina Lorca

SALIDA FOTOGRÁFICA HÁBITAT DEL OSO PARDO (SOMIEDO, ASTURIAS)

El viernes 15 de septiembre, varios miembros de AEFONA nos reunimos para compartir profesión o afición por la fotografía de naturaleza en Pola de Somiedo (Asturias), hábitat indiscutible de nuestro protagonista, el oso.

A las ocho de la mañana, subimos a los Altos de Farrapona, pero la lluvia no nos dio tregua y tuvimos que esperar en el coche hasta que fue posible salir.

Viendo el movimiento y el ruido generados por las fiestas locales, pusimos rumbo a La Peral, desde donde se podría avistar perfectamente al oso desde el mirador que se encuentra en la misma aldea. Pero ese día, la suerte no

estuvo de nuestra parte y ni los rebecos salieron de su escondite.

Guillermo Palomero, director de la Fundación Oso Pardo (FOP), impartió, en el Centro de Interpretación del Parque Natural de Somiedo, una conferencia sobre el plantígrado. Nos enseñó cómo debíamos comportarnos en un territorio con osos, las distancias permitidas, la labor de la Fundación desde sus inicios o cómo mediar en los conflictos que van surgiendo con los humanos. Su manera de divulgar y dar información para todos los usuarios de montaña es fundamental para la conservación de esta especie.

El domingo 17 nos levantamos a las seis de la mañana, pero tras casi tres horas de espera y viendo que aparecía el sol pero no la osa, decidimos bajar a buscar un merecido café. Esta vez no pudo ser: así es la fauna salvaje y la naturaleza.

Muchas gracias a la Fundación Oso Pardo, por el cariño con el que fuimos tratados, por la información, la cena y la compañía.

Lidya Queiruga



EXPOSICIÓN VIRTUAL DE REVELADAS AEFONA REVELANDO NUESTROS RINCONES

La exposición virtual del Comité de Reveladas AEFONA surge tras un gran éxito en el audiovisual del Día de la Mujer.

El pasado año 2022 nos trajo noticias muy devastadoras para nuestro comité y para AEFONA. Tras la marcha de Isa, que llevaba consigo los valores más fuertes, como la solidaridad, la valentía, la igualdad, la humildad, la fuerza..., quisimos dedicarle este día tan especial para nosotras y para ella.

El tema del audiovisual eran los lugares que nos hacen sentir en casa, aspecto que nos quería transmitir nuestra compañera en su libro *Nosotros bien, gracias a Dios*, donde nos proyecta sus

vivencias y cómo creció en su pueblo y con su familia.

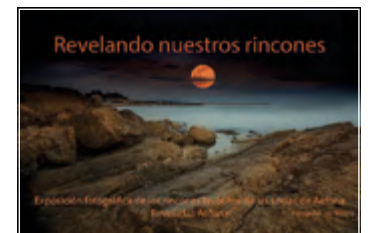
Muchas compañeras nos fueron enviando fotografías y todas ellas iban creando nuestra casa. Junto a cada imagen, podíamos escuchar las maravillosas frases del libro de Isa con la voz de Adelina Sánchez y Ariadna Lacruz.

Asimismo, tras ese duro, emocionante y mágico audiovisual, decidimos que era la oportunidad perfecta para trasladar esas imágenes a la exposición virtual que tantas veces quisimos hacer y que tantas veces propuso Isabel. Por ello, la encabezamos con una foto suya: una luna llena grandiosa y roja en una noche

mágica que hacía que nos sintiéramos con ella, en casa.

En la exposición vimos las imágenes de las compañeras en una sala grande, preciosa e iluminada, por la que pasear y disfrutar tranquilamente acompañados por la música. Esperamos que os haya llegado nuestro mensaje y que hayáis estado en casa, con nosotras.

Marta Josa



CONCURSOS DE FOTOGRAFÍA DE NATURALEZA

Supone un gran orgullo para AEFONA dar la enhorabuena a muchos socios que han obtenido premios en concursos nacionales e internacionales. Pedimos disculpas a los que, por cuestión de espacio, no aparecen en esta relación.

WILDLIFE PHOTOGRAPHER OF THE YEAR 2023

El gran esqueleto de ballena de la nave central del Museo de Historia Natural de Londres volvió a ser el escenario perfecto de estos prestigiosos premios.

Entre un destacado elenco nacional e internacional, dos socios de AEFONA estuvieron entre los ganadores de categoría: Joan de la Malla, en la categoría de Humedales, con la imagen *The Dead River*, y Juan José González Ahumada, en Comportamiento de los anfibios, con su imagen *The Tadpole Banquet*.

El joven pero prometedor Andrés Luis Domínguez Blanco completó el reconocimiento a socios de AEFONA con una mención de honor en la categoría de Jóvenes de 11 a 14 años, por su fotografía *Lynx Lookout*.

GDT EUROPEAN WPY 2023

En los premios concedidos por la asociación de fotografía alemana GDT, el joven socio de AEFONA Alberto Román Gómez se alzó con el premio ganador de la categoría de Jóvenes menores de 14 años, con la fotografía *Tightrouter Artist*.

Otro ganador de categoría, en este caso la de Plantas y hongos, fue Roberto Bueno con su imagen *Lichens Dinner*.

Roberto García Roa fue el ganador del segundo premio en la misma categoría con su imagen *Defeated*.

GLANZLICHTER 2023

En este prestigioso concurso alemán, tenemos que destacar los primeros premios de Ignacio Medem Seghers, en Naturaleza como arte, con la fotografía *Los pulmones exhaustos de nuestra Tierra*; y de Paco Costa, en Naturaleza magnífica, con *Algo viene hacia nosotros*.

También destacamos las menciones de honor de Aitor Badiola, en Naturaleza magnífica; José Manuel Grandío, en Artistas alados; Felix Morlán, en Momentos en la naturaleza, y Manuel E. González Carmona y Javier Lafuente, en Vistas aéreas de la naturaleza.

BIRD PHOTOGRAPHER OF THE YEAR 2023

El joven Andrés Luis Domínguez Blanco logró el premio de plata en la categoría de Jóvenes entre 12 y 14 años.

Por su parte, Nicolás Reusens se alzó con el Oro en la categoría de Retratos de aves, por su imagen *Glistening Green*, y Rafael Armada, con el mismo metal, en la categoría de Aves en vuelo, por su *Flying Sword*.

Mario Suárez Porras, Rafael Armada, Mario Cea y José Juan

Hernández se llevaron sendas menciones de honor en diferentes categorías de este prestigioso concurso internacional.

ASFERICO 2023

Entre los socios de AEFONA galardonados en este afamado certamen italiano está el joven Ismael Domínguez Gutiérrez, ganador en la categoría de Jóvenes hasta 14 años; José Pesquero se alzó con el premio en la categoría de Aves, mientras que Mario Suárez Porras lo hizo en la de Plantas y Hongos, con *The Jewels of the Sea*.

MONTPHOTO 2023

En este cada vez más prestigioso concurso de tantos lazos afectivos con AEFONA, nuestra compañera Merche Llobera se llevó el Premio Comunidad MontPhoto, además del segundo premio por su imagen *Wild and Free*, una mención de honor en la categoría de Mundo subacuático y otra en la de Mamíferos.

Por su parte, Eduardo Blanco Mendizabal se llevó el premio Naturaleza en Catalunya con su imagen *Cascada de niebla*.

En la categoría de Jóvenes entre 15 y 17 años, fue premiado Ismael Domínguez Gutiérrez, con *Pequeños detalles*, y, en la de hasta 14 años, Alberto Román Gómez, con *Equilibrista*.

Otras menciones de honor tuvieron como protagonistas a Javier Camacho Gimeno, en la categoría de Actividad de montaña (*Solo*); Juan Pablo Plaza Pozo, en Mamíferos (*Una noche*

más); Andrés Miguel Domínguez (*Azul cálido*) y Héctor Cordero (*V de vendetta*), en la de Aves; Joan de la Malla (*Urban River*) y Juan Tapia (*Resiliencia*), en la de Denuncia ecológica; Joan de la Malla (*Dreamy Waterfall*), Paco Costa (*Green Pools*) e Ignacio Medem Seghers (*La naturaleza es preciosa*), en la categoría de Paisaje, y José Pesquero Gómez (*From the Sky*), en la de Arte en la naturaleza.

FOTONOJA 2023

En el Fotonoja de este año, entre los socios de AEFONA, destaca Ignacio Medem Seghers, que se alzó como ganador absoluto con su imagen *Calor y frío*, mientras que Mario Suárez Porras se llevó dos menciones de honor.

MEMORIAL MARÍA LUISA 2023

En su 33 edición, el Memorial María Luisa tuvo una excelente representación de miembros de AEFONA, con el premio de la categoría Foto macro para Rubén Pérez Novo por su fotografía *A la velocidad de la luz*.

También se otorgaron tres menciones de honor para Mario Suárez Porras en las categorías de El mundo de las aves y Biodiversidad, categorías en las que también obtuvo galardón Mario Cea Sánchez.

En otras categorías, obtuvieron una mención de honor Eduardo Blanco Mendizabal, José Pesquero Gómez, Javier Herranz, Arturo de Frías, Nicolás Reusens, Juan Pablo Plaza Pozo, Ismael Domínguez Gutiérrez, Andrés Luis Domínguez Blanco y Adriá Mas Escandell.



Lichens Dinner. Roberto Bueno. GDT



The Jewels of the Sea. Mario Suárez. Asferico



Wild and Free. Merche Llobera. MontPhoto

Redacción

FOTOGRAFÍA MACRO. BIENVENIDO AL MICROMUNDO, DE IVÁN GONZÁLEZ

Iván se lanzó a la aventura de publicar un libro y el resultado está a la venta desde el pasado 23 de marzo. *Fotografía macro*.



¡Bienvenido al micromundo! es un manual de 320 páginas con el que adentrarse en esta apasionante técnica fotográfica.

En palabras del autor: «La macrofotografía siempre se ha considerado una de las disciplinas más difíciles de practicar. Sin embargo, cuando finalices el presente volumen, te darás cuenta de que, gracias a los conceptos básicos y con tu cámara y cualquier objetivo que tengas en casa, podrás convertirte en un auténtico macrofotógrafo, sin importar la época del año. En estas páginas se repasan, de una manera muy sencilla, todos los conceptos elementales para

dominar la fotografía macro: aprenderás a configurar tu cámara y a elegir el mejor objetivo para cada situación; descubrirás una manera sencilla de aportar luz a tu escena o simplemente cómo modificarla, así como la forma de aumentar la profundidad de campo mediante la técnica *focus stacking*. Hallarás muchas ideas para practicar fotografía macro de una manera diferente. ¿Alguna vez habías pensado en aplicar luz ultravioleta a tus motivos o en congelar una pompa de jabón?».

Más información y venta en:
60milímetros.com/mi-libro

CENTRAL PARK: AVES EN SUS CUATRO ESTACIONES, DE HÉCTOR CORDERO

Tras cuatro años investigando y fotografiando las aves de Nueva York, este biólogo y fotógrafo de origen extremeño ha publicado su *opera prima*, una guía completa e indispen-



sable para conocer la diversidad de especies de aves que alberga este gigantesco parque.

Con 197 páginas a todo color y un total de diez capítulos, este libro documenta, con rigor científico, el patrón migratorio, los secretos, así como los detalles y curiosidades sobre las más de 200 especies de aves que viven o pasan por Nueva York cada año. También hay un capítulo dedicado a cada estación del año, y un apartado específico sobre conservación, las amenazas que sufren las aves migratorias con los grandes rascacielos y cómo nosotros, como ciudadanos, podemos ayudarlas.

El libro también incluye fotografías tomadas por el autor, muchas de ellas con reconocimientos en los más prestigiosos concursos internacionales de fotografía de naturaleza, en las que se muestran una extensa representación de las especies que se pueden avistar en Central Park.

Esta guía, disponible en inglés y en español, también ofrece recursos para facilitar el avistamiento de aves, un glosario completo con todas las especies e indicación del mejor mes del año para avistar cada una de ellas.

Más información y venta en:
corderonature.com

INSPIRADO POR LAS AVES, DE MARIO SUÁREZ

Nuestro compañero Mario Suárez Porras publicó esta primavera su primer libro, *Inspirado por las aves*, de fotografía de autor y, a la vez, didáctico, en el que resume su trabajo con las aves durante los últimos veinte años. Nos cuenta Mario: «Tras fotografiar la naturaleza desde mi adolescencia, llegué a las aves hace unos veinte años y, poco a poco, empecé a buscar una visión creativa en mis encuentros fotográficos con ellas, intentando siempre conseguirlo desde la cámara y no con ayuda de programas de procesamiento. En el libro explico mi proceso creativo, con el deseo de inspirar a otros fotó-

grafos para que exploren la parte más artística de la fotografía de naturaleza, con las aves como protagonistas».

De una cuidada calidad, tanto de materiales como de acabado y diseño, la obra consta de catorce capítulos, en los que Mario explica las distintas técnicas y recursos que utiliza para dar ese toque artístico a sus imágenes de aves y hacer que sean lo más creativas posible, siempre desde su experiencia y acompañándolas de varios consejos que ha ido aprendiendo con el paso de los años.

Tras esta parte teórico-práctica, Mario muestra una selección de sus imágenes preferidas

realizadas con esas técnicas que describe.

Gracias a estas técnicas, muchas de sus imágenes han sido reconocidas en todo el mundo, lo que le ha animado a mostrar su trabajo con las aves en charlas por distintos países.

Más información y venta en:
Instagram: [@mariosuarezporras](https://www.instagram.com/mariosuarezporras)



A VUELAPLUMA: CRECER CON LA FOTOGRAFÍA, DE FRAN NIETO

¿Te apasiona la fotografía de naturaleza? ¿Te gustaría conocer la visión y el proceso creativo de un fotógrafo profesional y experimentado? ¿Te interesa reflexionar sobre la técnica, las sensaciones, los sentimientos, los fotógrafos y la vida a través de la fotografía? Si has respondido que sí a alguna de estas preguntas, entonces no puedes perderte el nuevo libro de Fran Nieto, *A vuelapluma*. En sus cuatro libros anteriores, Fran abordó la fotografía desde un punto de vista técnico.

Ahora, ahonda en aspectos mucho más personales, es el vehículo para sus pensamientos más íntimos. Tras cuarenta

años haciendo fotos, nos invita a reflexionar sobre los motivos que nos acercan a una cámara, sobre por qué hacemos las cosas de un cierto modo, a analizar nuestras influencias, a encarar y ofrecer una crítica. Nos habla de la sensibilidad, pero también de los peligros del narcisismo. Desea acercarnos a la esencia que le ha conducido a ser fotógrafo, nos cuenta sus relaciones con el equipo, con las decisiones que toma en cada situación.

En este libro, Fran nos habla de la profunda influencia que ha tenido la fotografía en su desarrollo como persona, en un tono a veces poético y siempre muy humano.

Todas las imágenes se imprimen en generoso tamaño.

Más información en:
franniето.es/libros



EARTH'S NATURE 2012-2022, DE MIQUEL ANGEL ARTÚS ILLANA

Miquel Angel nos habla sobre su primera publicación fotográfica, editada en catalán, español e inglés y con prólogo de Andrés M. Domínguez: «Con este libro quiero compartir una pequeña parte de las imágenes que durante los últimos diez años he tenido la suerte de ver y foto-



grafiar en mis viajes a diferentes lugares del mundo.

He dudado mucho no solo en la selección de las imágenes, sino también en cómo ordenarlas. Lo podría haber hecho por especies, por lugares, por viajes, por nombres, pero al final las he ordenado sin orden alguno. He preferido que, para el lector, sea una sorpresa que se va a encontrar conforme pasa las páginas.

Aunque no hay orden, sí hay un interés por mi parte en que se pueda ver la mayor cantidad de elementos diferentes de la naturaleza, siempre teniendo en cuenta que todo mi trabajo fotográfico de naturaleza en los últimos diez

años se ha centrado en la fotografía de paisajes y de fauna.

Para un fotoperiodista, que es lo que yo me considero, no hay razón más importante a la hora de trabajar en la naturaleza que la de mostrar su belleza o su degradación para intentar concienciar de lo que perdemos cuando la atacamos.

No tengo más pretensión con este libro que mostrar mi trabajo y, a través de él, poner un pequeño granito de arena en esta tarea tan complicada que es la protección de la naturaleza».

Más información y venta en:
artus.es

NATURALEZA SUBLIMINAL, DE FÉLIX GIL DE LA CASA

Nuestro compañero Félix nos habla de su primera publicación:

«Me encanta fotografiar las flores y los árboles a través de sensaciones, tratando de captar, únicamente, el carácter efímero de la naturaleza y de nuestra presencia en ella. He querido que sea



un libro de autor, más que didáctico, aunque incluye algunos textos en los que explico la manera en la que afronto mis salidas al campo para hacer fotografías, las ideas que me mueven, que me ayudan a buscar inspiración cuando estoy en medio de una pradera de flores o en el interior de un bosque.

Pienso que el color es luz y, partiendo de esa premisa, me muevo en el campo. Creo que este libro es buena muestra de ello.

Trato de compartir mi evolución fotográfica. Desde una idea inicial más documental o naturalista, hasta una fotografía más personal, con gran influencia de

las corrientes pictóricas de finales del siglo XIX y principios del XX. Busco quedarme con las emociones, con las sensaciones ante lo que veo.

El libro arranca con cuatro prólogos escritos por mis grandes amigos Javier Peña Sanz, Javier Lafuente, Lydia Grávalos Parra y José B. Ruiz».

Con 240 páginas a todo color, se ha editado en dos idiomas (español e inglés), impreso en papel estucado mate y encuadernado en tapa dura con acabado laminado mate.

Más información y venta en:
felixgildelacasa.com

LUISA ABENZA

Luisa vive en Villagrajilla, una cabaña de madera de treinta metros cuadrados en un valle de Soria. Una batería y un par de paneles para la electricidad. Recuperación de agua de lluvia y bidones con los que ir a la fuente.

Entre sus oficios están el de rastreadora de fauna y guía micológica. Un paseo por el monte con ella supone reparar en la presencia de un pelo de gato montés prendido en un rascadero y que, al regresar a Villagrajilla, comas una tortilla de los huevos de sus gallinas rellena de unas pequeñas setas con el pie amarillo nuclear y ortigas recogidas por el camino.

Es autora del libro Aves que dejan huella. Con tres ediciones

en el mercado y una primera en inglés, de próxima aparición, el libro, prologado por Jane Goodall, es una guía de identificación de huellas, excrementos, egagrópias, plumas y cráneos de pájaros.

Trabaja en el seguimiento de la distribución del visón europeo en Burgos y en el norte de Soria.

Luisa puede hacer lo imposible para frenar la tala legal de una chopera ante la sospecha de que una pareja de estorninos esté criando y, ante la negativa del agente forestal a paralizar la obra, regresar a la caída de la tarde y rescatar tres pollos nacidos ese mismo día. Luisa es capaz de desollar una corza recién atropellada, para no desaprovechar la carne, y

luego ponerse a llorar al recordar la historia de amor de una pareja de buitres negros.

Y Luisa no tiene pelos en la lengua:

¿A ti te parece que esto es respeto? —Me enseña una foto en su móvil—. Si quieres te lo describo. Anillando, ¿vale? Ni dónde ni cuándo ni por qué. Es un martín pescador con el pico abierto y la cabeza erizada: estresadísimo. Hay cuatro o cinco personas, no sé, dos móviles, y todos riéndose. Están contentos. Tienen un martín pescador y están disfrutando con su belleza, pero les importa un carajo el martín. Es horrible. Tú ves esta imagen y estos son los buenos. Si estos son los



Foto de Javier Marquerie

buenos, dime tú cómo son los malos. Es que no hay respeto por ningún lado.

¿Cómo hacer entender que hay cosas que parecen bonitas y que no lo son?

Es falta de empatía. Si a veces no somos capaces de sentirla por el ser humano, cómo vamos a tenerla por un ser vivo que físicamente es tan diferente a nosotros, que no tiene un rostro parecido al nuestro ni un vínculo de siglos de convivencia con él, como es el caso de los perros y gatos. A veces hay más empatía con un conejo que con un pajarito, porque estos no son mamíferos y emocionalmente son mucho más lejanos a nosotros. ¿Si muchas veces, hasta entre personas que están vinculadas a los pájaros, se les valora más por «interesantes», por su belleza o por las cosas que sabemos que pueden llegar a hacer, que por ser aves!

¿Es posible empatizar cuando existe el sentimiento de superioridad humana sobre el resto de la naturaleza?

Es muy difícil decir: «Bueno, voy a empatizar contigo mogollón» si luego, en realidad, lo que quiero es domesticar a un animal silvestre. Está esa tendencia de codiciarlo todo: «Cómo mola ese bicho: quiero tener uno». Es un problema muy serio que nace del absoluto egocentrismo del ser humano, que se cree con derecho a poseer otras vidas para su goce y disfrute, llegando a engañarse a sí mismo. Es decir: «Yo he rescatado a este pajarito y ahora me lo quedo». O robando o comprando un pollo de cuervo para hacerse fotos con él. Porque ya me dirás

para qué quieres convivir con un cuervo si no es para el Instagram y tenerlo atado a una percha. ¿Cómo puedes tener atado a un animal que está hecho para volar y sentirte bien? ¿Qué neurona falla para que seas feliz viviendo con un animal al que has obligado a vivir atado de una pata?

Ella conoce esos fenómenos de cerca. La cabaña de Luisa se llama Villagrajilla porque en ella vive una bandada de córvidos. Animales que han sido decomisados por los agentes o por el SEPRONA y que estaban en manos de indeseables que robaron los pollos y los dejaron inservibles para la vida silvestre. Ella cuida de ellos y les procura todo el confort y estímulos de los que es capaz. Por ejemplo, Pita y Lusca son dos cornejas a las que les cortaron—literalmente—, las alas y que sirvieron de atracción a los parroquianos de un bar. Con unos veinte años de edad y muchos desde que acabó su tortura, aún imitan el sonido de las máquinas tragaperras. También está Pica, una urraca con malformación en las patas.

¿Qué te parece esta corriente dentro de la divulgación en la que se está poniendo en primer plano la inteligencia de los animales?

Creo que nos cuesta identificar la inteligencia si no es similar a la que conocemos como propia. Si vemos a un animal abrir una puerta, decimos que es muy listo. Sin embargo, un ave vuela desde África hasta el norte de Europa y ya no lo valoramos igual: eso es solo instinto natural. Nos ayuda a admirarlos cuando vemos que hacen algo que nosotros podemos identificar cómodamente como «inteligente». Tú mismo,

que tienes sensibilidad, que sabes cómo son los animales, que sabes que tienen emociones, te has sorprendido —incluso yo me he sorprendido y me he emocionado— al ver que Pica te ha reconocido a treinta metros de distancia y se ha puesto tan contenta. Incluso nosotros estamos a veces tan lejos de ellas que parece que nos sorprenda hasta que tengan sentido de la vista y memoria. Quiero decir, estamos tan aislados mental y emocionalmente del resto de seres vivos que no somos conscientes, realmente conscientes, de que tienen sentidos. ¿Qué nos ha pasado, en esta evolución nuestra, que somos capaces de, yo qué sé, viajar a luna —por ejemplo— y no seamos capaces de percibir al resto de especies como animales simplemente sintientes?

Que minusvaloramos a las especies «inferiores». No sé. Dí-melo tú.

Minusvalía del reconocimiento. Tenemos una minusvalía que nos impide reconocer las capacidades de los demás seres vivos. Cuando vemos un mirlo, solo estamos viendo una forma. No te estás dando cuenta de que el mirlo también te está viendo, está pensando y siente cosas. Eso, en general, los humanos no lo percibimos en toda su intensidad. Es como si tuviéramos un ego tan desarrollado que nos impidiera relacionarnos, de una manera sana y equilibrada, con el resto de las especies. Si nos quitáramos esa especie de, no sé cómo llamarlo..., si «cáscara», «armadura» o gilipollez, nacería el respeto.

¿Cómo puede un fotógrafo de fauna preocupado por la

divulgación no tener un impacto negativo entre los animales?

Creo que una buena fotografía puede ayudar a sensibilizar. Pero el fondo de la sensibilización es el respeto. Entonces, lo primero que tendría que cumplir la fotografía es ser siempre respetuosa. El problema es que cada vez hay más fotógrafos. Está en auge. Hay competitividad: hay premios, te ensalzan el ego, te hacen sentir bien por el reto de hacer la mejor foto...

La gente a veces está dispuesta a saltarse algunas normas básicas para conseguir una especie en concreto. Esto hace que algunos puntos sensibles, como en verano puede ser un punto de agua, sean el sitio perfecto para un fotógrafo. Animales que llegan muy cansados, un poquito al límite de sus fuerzas, y el estrés hace que se vayan sin beber ni bañarse porque hay personas. Eso le puede costar la vida a ese bicho. No solo la hidratación, sino que nuestra presencia hace que no preste atención al azor. Que es el ciclo de la vida, vale, pero no tenemos por qué desencadenarlo nosotros.

Para eso hay que tener la empatía de la que hablábamos.

Y saber comprender su lenguaje corporal y sonoro. Hay que aprender a diferenciar si una cogujada está cantando y bien a gusto o está con una alarma de «¡Idos todos de aquí!, ¡que nos matan!». O según cómo tenga las plumas o el pico, que te pueden decir que el bicho está estresado. Entonces, sonreír ante un animal que está sufriendo con el pico abierto, quizá no sea coherente entre personas que se sienten cerca de las aves.

Creo que los fotógrafos somos cada vez más conscientes de ello y procuramos que los demás lo sepan. Y está el código ético...

Si, lo sé. En el colectivo de la fotografía, hay gente muy bonita que hace mucho por los bichos. Hay gente que es muy respetuosa, pero dentro de ese mundo he visto cosas terribles que no siempre se tienen en cuenta.

He visto —y no me corto un pelo en decirlo— en Toledo, en un primillar, a una persona pinchando los huevos de las grajillas mientras decía: «Que se jodan ahí calentando, que hay muchas», y me contaba que a los que quería era a los cernícalos, que era lo que le daba dinero. Eso no es respeto por la naturaleza. He visto dejar a un pichón de paloma vivo atado, cociéndose al sol, en unos hides muy famosos, para atraer al lagunero, porque «así se acostumbran a venir». Hay muchísimos sitios de fotografía donde se pone carne producto de la caza sin quitar los proyectiles, sabiendo que, si comen el plomo, se intoxican y puede afectar a la reproducción o, incluso, acabar por matarlos.

¿Hasta qué punto nos importa el animal que fotografiamos?

Muchas de las cosas más dolorosas que he visto a lo largo de estos años han sido producidas por la actividad de la fotografía.

Ser conscientes de que todo lo que hagamos en el monte es susceptible de empeorar las cosas disminuye mucho las posibilidades de disfrutar en él, ¿no?

Depende de lo que entiendas por disfrutar. Yo disfruto muchísimo encontrándome el cadáver de un ave electrocutada para así poder denunciar un tendido. ¡Es que me lo paso pipa! A mí eso me hace tener mi ego mucho mejor. Me duermo por la noche sonriendo si consigo solucionar cosas que ayuden a la vida de los animales. Y si consigo que un bicho que está mal vaya a un centro de recuperación, también.

Y me gusta ver una especie, claro. Disfruto con ella. No me siento para nada limitada. Al contrario, me siento una privilegiada: no necesito hacer grandes cosas para disfrutar de la naturaleza.

Javier Marquerie



Foto de Javier Marquerie

LA OTRA FAUNA DE GARAMBA

Parece que fue ayer, pero ya se han cumplido trece años de aquel viaje al corazón del África más salvaje, al parque nacional de Garamba, en el nordeste de la República Democrática del Congo. Un viaje muy especial.

Este parque se creó en 1938 y fue uno de los primeros y más importantes parques nacionales africanos. Cuenta con una superficie similar a La Rioja y es patrimonio de la humanidad desde 1996.

Tuve la oportunidad de visitarlo en el año 2010 como miembro de un equipo de grabación de un documental sobre su gran fauna, su problemática y la arriesgada y comprometida labor conservacionista que ejercía el español

Luis Arranz, director del Parque en aquellas fechas.

En Garamba hubo una importante colonia belga y fue el único lugar del continente negro en el que se utilizaron elefantes africanos—adiestrados como los de la India—para trabajar en las tareas más pesadas; después se usaron para el turismo. Precisamente, el último de estos elefantes murió cuando nosotros llegamos, pero tuvimos la ocasión de conocer y entrevistar a dos de los cornacas (adiestradores de elefantes).

Quizás el animal más emblemático de Garamba fue el rinoceronte blanco del norte (*Ceratotherium simum cottoni*), cuya población se consiguió re-

cuperar, pero en 2006 dejaron de verse debido a la enorme presión ejercida por los furtivos.

Este amplio y privilegiado territorio también era uno de los últimos santuarios para las grandes poblaciones de elefantes. Asimismo había una gran población de hipopótamos (*Hippopotamus amphibius*); grandes felinos, como el leopardo (*Panthera pardus pardus*) o el león (*Panthera leo*); búfalos cafre (*Syncerus caffer*); antílopes de diferentes especies y un importante número de las últimas jirafas congoleñas (*Giraffa camelopardalis antiquorum*), de las que, al parecer, solo quedaban unos cuarenta ejemplares en 2018.



Hipopótamos (*Hippopotamus amphibius*) en el río Dungu. Canon 50D, 400 mm, f/10, 1/160 s, ISO 100

Una de las cosas que más nos sorprendió durante los recorridos por las vastas extensiones del Parque para grabar a la gran fauna fue que todos los animales huían ante la presencia de nuestro vehículo y desde una gran distancia. Nos resultaba muy difícil acercarnos lo suficiente como para conseguir los primeros planos que necesitábamos. Esta actitud extremadamente asustadiza afectaba a todas las especies, incluidos los leones (menos melnudos que en otras zonas), lo que era un síntoma inequívoco de la presión a la que el furtivismo y la guerrilla sometían habitualmente a la fauna salvaje.

La situación era tremenda, el Ejército de Resistencia del Señor (LRA) asaltó el campamento unos meses antes de nuestra llegada, ocasionando numerosos daños materiales y asesinando a catorce personas en la zona.

Pero, en realidad, no quería hablar aquí de las numerosas bondades y los graves problemas del Parque, puesto que existe bastante documentación en Internet que se puede consultar. En este modesto artículo, me gustaría poner el acento en mi experiencia personal con otra fauna menos carismática y poco o nada conocida de aquel fantástico lugar: la que encontramos alrededor de nuestras tiendas de campaña.

Durante el mes que pasamos en aquella inmensa sabana de altos pastos, regada por grandes ríos y salpicada por bosquetes ecuatoriales, tuve la oportunidad de ver algunas especies curiosas que no suelen salir en los grandes reportajes de fauna africana y de las que aún desconozco su identidad. Sin ninguna duda, todavía existirán muchas especies pendientes de describir por la

ciencia, tanto en este como en otros tantos rincones del África más profunda y aún salvaje.

Entre esas curiosas y humildes especies que os comento, descubrimos una bella oruga, grande y peluda, que imitaba a la perfección a los líquenes. Encontramos a este animal al final de su crecimiento como larva; construyó su capullo y se metamorfoseó en veinte días, para convertirse en una bonita polilla de gran tamaño (de unos cuatro o cinco centímetros) y alas marrones. Lamentablemente, no he conseguido identificar a la especie.

Otro de esos hallazgos fue una polilla mucho más espectacular, esta vez, en su fase definitiva de imago (*Epiphora mythimna*). Aquel ejemplar tenía una envergadura considerable (unos doce o trece centímetros) y cuatro grandes ocelos en las alas de textura transparente.



Hipopótamos (*Hippopotamus amphibius*) en el río Dungu. Canon 50D, 85 mm, f/10, 1/160 s, ISO 100



Jirafa congoleña (*Giraffa camelopardalis antiquorum*) desde la avioneta. Canon 50D, 85 mm, f/7.1, 1/400 s, ISO 200



Oruga (cuya especie no he logrado identificar). Canon 50D, 100 mm, f/10, 1/100 s, ISO 100, flash



Termitero en la sabana. Canon 50D, 17 mm, f/13, 1/100 s, ISO 100



Imago de polilla. Canon 50D, 100 mm, f/10, 1/100 s, ISO 100, flash



Camaleón orejero (*Chamaeleo dilepis*). Canon 50D, 53 mm, f/10, 1/100 s, ISO 100

Por el día, los facóqueros (*Phacochoerus africanus*) «sega-
ban el césped» arrodillados jun-
to a las cabañas y mantenían en
buen estado de revista el campamento. Durante la noche, como
podéis suponer, no era recomen-
dable salir de las tiendas. Los hi-
popótamos abandonaban el río
al atardecer y pastaban junto a
la lona donde dormíamos, o no,
mientras escuchábamos su pau-
sado masticar.

No era raro que algunas no-
ches, especialmente después de
las lluvias, emergieran cantida-
des ingentes de grandes termi-
tas aladas para buscar un nuevo
lugar donde instalarse. Al caer al
suelo, aquellos isópteros se des-
prendían de sus alas y se volvían
a enterrar. Era tal su abundancia,
que al día siguiente algunas zo-
nas aparecían completamente
cubiertas por miles de alas aban-
donadas. Cuando las termitas

emergían durante el día, se con-
vertían en un improvisado manjar
para multitud de animales, espe-
cialmente para las aves, y cuando
lo hacían por la noche, los nati-
vos también aprovechaban esta
fuente espontánea de proteínas.
Para capturarlas, simplemente
escarbaban un hoyo en el suelo
y encendían una hoguera. Los in-
sectos, atraídos por la luz del fue-
go, se dirigían volando hacia él y
caían sin remedio ante el fragor
de las llamas, convirtiéndose así
en un diminuto pero succulento
churrasco repleto de proteínas.

El campamento estaba ubi-
cado en la margen izquierda del
gran río Dunga y, en sus orillas,
pudimos disfrutar del celo de los
martines pescadores píos (*Ceryle
rudis*), de los vuelos y reclamos
de los pigargos vocingleros
(*Haliaeetus vocifer*), de la discreta
presencia de las cigüeñas cabeza
de martillo (*Scopus umbretta*), de

la espectacularidad de una sono-
ra colonia de abejarucos carmesí
(*Merops nubicus*), de los singula-
res bandos de palomas verdes
que bajaban a los playazos de
arena para beber al atardecer
o del elegante corredor egipcio
(*Pluvianus aegyptius*), por citar
solo algunas especies ribereñas.
Junto a las tiendas, también con-
templamos a otras aves, como
al confiado abejaruco gorgirrojo
(*Merops bulocki*), a algunos boni-
tos y tímidos turacos, al intrépi-
do martín pescador de Senegal
(*Halcyon senegalensis*), a las ver-
miculadas golondrinas abisinias
(*Cecropis abyssinica*) mientras
cogían el barro con el pico y a las
bulliciosas colonias de pájaros
tejedores (*Ploceus nigerrimus*).

Al regresar de una de nues-
tras largas jornadas de gra-
bación, encontramos, junto a
la tienda, una rana literalmente
pegada a una hoja; me llamó



Colonia de pájaros tejedores (*Ploceus nigerrimus*) con un bonito macho. Canon 50D, 200 mm, f/5, 1/1000 s, ISO 200



Abejaruco gorgirrojo (*Merops bullocki*). Canon 50D, 385 mm, f/11, 1/160 s, ISO 200

la atención que estuviera allí, porque el ambiente era bastante caluroso, pero sí, allí estaba impasible y estoica. También desconozco la especie, pero las protuberancias del extremo de los dedos confirman que se trata de una especie trepadora.

Ya por la noche, la luz de nuestro frontal nos descubrió, entre las ramas de los arbustos del campamento, a otro sorprendente animal: un precioso camaleón de color verde fosforito (*Chamaeleo dilepis*). Eufóricos por el inesperado descubrimiento, se lo mostramos a los guías y nos llevamos una inesperada sorpresa al ver su reacción, especialmente, la de nuestro guardaespaldas, guía y jefe de los guardas, Jean Claude Mambo, un joven veterano curtido en mil batallas de toda índole que puso una cara de pánico tan desencajada que no dábamos crédito. Más

tarde lo entendimos; resulta que este inofensivo animal, al que llamaban «lengua larga», tiene para ellos fuertes connotaciones supersticiosas.

Cuando era un crío, me regalaron un libro de fauna africana de gran formato, con unos espectaculares dibujos realistas. En la portada aparecía, a plena página, un precioso mono blanco y negro, de pelo largo y lacio, con larga cola, que se me quedaría grabado para siempre: el inconfundible guereza abisinio (*Colobus guereza*). Nunca pensé que llegaría a conocerlo en su medio natural, pero muchos años después, allí estaba, delante de mí, en Garamba. Fue una experiencia inolvidable y una gran satisfacción poder inmortalizarlo en su hábitat natural, saltando entre los árboles y comiendo frutos tranquilamente en grupos familiares.

Como decía al principio, aquel viaje fue muy especial por varios motivos; sin embargo, no pude hacer las fotografías que me hubiera gustado. La prioridad era mi trabajo como camarógrafo. Solo pude «robar» algunas fotos de aquel lugar salvaje y maravilloso y de algunas de sus criaturas en los pocos ratos libres que tuvimos, estas que hoy puedo compartir.

No quiero dejar de mencionar el excelente trato del que disfrutamos, por parte tanto de Luis como de Nuria, su mujer, así como de los colaboradores que trabajaban allí en aquel momento y del personal del Parque, tan sufridos y humildes como generosos.

Podéis ver el documental fruto de este viaje, *Proteger bajo el fuego*, en RTVE Play.

Fotografías y texto de
Luis Miguel Ruiz Gordón



Rana trepadora. Canon 50D, 100 mm, f/10, 1/100 s, ISO 100, flash



Mono colobo macho (*Colobus guereza*). Canon 50D, 320 mm, f/5.6, 1/200 s, ISO 200

EL DESIERTO DE LA SOLEDAD. TIEMPOS EN UNA SELVA SIN TIEMPO

El Desierto de La Soledad es el nombre antiguo de la Selva Lacandona de Chiapas (México), territorio que conjuga riqueza natural, historia, cultura y arte en una atmósfera de perfección y arrebató. Después de la conquista española, ha sido fuente de inspiración de propios y extraños que, con propósitos de estudio o creación, se acercaron a conocerla.

Descubrí esa tierra en mi infancia, al ver las imágenes de la fotoperiodista y etnógrafa Gertrude Duby en mis visitas al Museo Na Bolom, centro de investigación cercano a mi hogar en San Cristóbal de Las Casas. Las fotografías que contemplé me revelaron un mundo nuevo,

una exuberante selva tropical con sitios arqueológicos y lacandones, y motivaron mi vocación.

Nació así el deseo de recorrer esa jungla. Un día de 2019 pude cumplir el sueño gracias a mis amigos Ernesto López, gran explorador nato, y Carlos Herrera, talentoso videodocumentalista, quienes organizaron la expedición: un viaje que atravesó el corazón de la selva navegando por el río Lacanjá. Las imágenes forjadas en mi mente fueron confirmadas.

Nunca imaginé hasta dónde me llevaría la travesía, radicalmente diferente a mis acercamientos anteriores. Ciertamente, hubo visitas fugaces, pero la permanencia durante este largo recorrido por sus ríos

y lugares casi inexplorados y desconectados del mundo moderno me hizo notar la urgencia de proteger su hábitat.

En ese viaje me conecté con esta selva: dimensioné la magnitud de la historia oculta bajo el dosel arbóreo, supe de las luchas humanas por apropiarse del territorio, de su saqueo y abandono, pero también atisé la magnificencia de sus áreas naturales protegidas, que resguardan una de las mayores fuentes de agua y vida del planeta, y, sin saber cómo, me encontré entre la dualidad de la pasión y el desgarramiento ante la depredación y la ignominia.

Esta selva nos envuelve con su belleza y su misticismo, nos

abrazo y hechiza, porque tiene una gran historia que contarnos. Es protagonista en el tiempo, testigo del paso de mayas, exploradores, monterías, lacandones y campesinos. Es la selva que ha permanecido y a la que el vértigo de la historia humana parece condenar a quedarse sin tiempo.

De tal relación nació el proyecto en época del confinamiento obligado por la pandemia. Uno de los resultados será un libro, un homenaje a esta tierra y tributo a pobladores y organizaciones que tratan de protegerla. Se pretende provocar en los lectores un diálogo acerca de la ruptura de ese vínculo con la naturaleza y el porvenir para la humanidad si no atendemos el llamado.

LA JUNGLA URBANA DE LOS MAYAS

La vida era plena, compleja, cambiante y perenne en el vasto

territorio de la Selva Lacandona, tanto más extenso del que hoy conocemos. El caos natural desconocía las fronteras y solo respetaban las impuestas por su capacidad de sobrevivencia. Todo estaba equilibrado.

La inmensidad verde fue poblada por los mayas. Nacieron, crecieron y decayeron muchos asentamientos, cuyas huellas conocemos a través de sitios arqueológicos como Bonampak, Palenque, Toniná o Yaxchilán.

El visitante puede imaginar las antiguas ciudades rodeadas del entorno que hoy se aprecia, pero no fue así siempre. En el principio de su tiempo, la naturaleza los conectaba con el universo. Aprendieron a leer las estrellas y a entender los ciclos para lograr mejores cosechas. La historia revela que el paisaje urbano de estas poblaciones llegó a ser muy

extenso; por eso desarrollaron métodos exitosos de producción de alimentos para sostener a sus pueblos y sus estructuras sociales.

Los mayas lograron grandes avances en agricultura, matemáticas, arquitectura, escritura, astronomía, medicina y artes, convirtiéndose en potencia cultural, económica, política y militar. Hoy solo quedan vestigios con templos y palacios, murales y tumbas de gobernantes y guerreros.

Las preguntas son inevitables: ¿Qué pasó? ¿Por qué colapsó una civilización que en pocas disciplinas de la ciencia y el arte superaba los conocimientos de los conquistadores españoles? Investigaciones recientes han mostrado que las poblaciones, cada vez más numerosas, y la expansión de las construcciones urbanas derrocharon recursos y deterioraron el entorno. El Desierto de La Soledad perdió su



Todo era selva
Selva Lacandona. Marqués de Comillas (Chiapas, México)



La jungla urbana de los mayas
Zona arqueológica de Toniná (Chiapas, México)



Presagios de esperanza

Reserva de la biosfera Montes Azules y monumento natural de Bonampak. Selva Lacandona (Chiapas, México)



Dintel que narra la guerra de los pueblos. Bonampak



Carmita, sobreviviente lacandona

equilibrio natural por las intensas prácticas agrícolas y civilizatorias de sus pueblos, pero los mayas no lo advirtieron.

Según los especialistas, desde mediados del siglo VIII, hubo sequías prolongadas, por la deforestación, y en el siguiente se intensificaron las guerras. Hubo muerte y abandono. Las ciudades mayas quedaron en silencio. Hoy, árboles y raíces esconden los vestigios de otros asentamientos que, como los sitios arqueológicos conocidos, son evidencia del paradigma civilizatorio que dejó profunda huella.

Lo que seduce del territorio recuperado por el ecosistema, junto a muros de piedra, estructuras vacías y calles de un pasado lejano, oculta una advertencia: la vida humana depende de la preservación de los recursos naturales; por eso, el rescate de la selva es también el nuestro.

EL DESIERTO DE LA SOLEDAD

Después del colapso de la cultura maya, sobrevino el silencio, un largo silencio humano de mil años. Comenzó una lenta recuperación de la selva, renacieron plantas y árboles, que escondieron la huella del hombre. El agua volvió, ríos y lagos reaparecieron. Parvadas de guacamayos poblaron de nuevo el territorio; peces, tortugas y lagartos volvieron, al tiempo que tapires, monos y pecaríes deambulaban para ocultarse del jaguar. Al desaparecer la presencia predatoria del humano, El Desierto de la Soledad tuvo otro amanecer. Se formó un extenso paraíso tropical de más de veinticinco mil kilómetros cuadrados con barreras naturales que lo protegieron durante siglos.

En ese devenir, alrededor de la laguna Lacam-Tun, hoy conocida como Miramar, se fundó un

pueblo donde habitó la última tribu insumisa de Chiapas. Los conquistadores los denominaron «lacandones», pero, aunque incursionaron muchas veces para someterlos, no se establecieron. Así su riqueza permaneció oculta.

De su exuberancia, narra Juan de Villagutiérrez. Acerca de su expedición de 1695, al internarse con un grupo en búsqueda de los lacandones, describió:

Al siguiente día, primero de marzo, se prosiguió la marcha, por cuchillas, de la misma tierra frágil y quebrada, cerrada toda de serranía; y en sus grandes y levantados árboles, se veían monos, de los grandes, muchas pava montiscas, oachas, paujiles, faizanes y algunos quetzales; y por tierra, muchos puercos monteses, que tienen el ombligo en el espinazo, y que si luego que se le mata, no se le corta, huele mal toda la carne, y se echa a perder.

Un nuevo amanecer
Río Tzendales. Reserva de la biosfera Montes Azules (Chiapas, México)

Y había abundancia de colmenas y de pacayas, legumbre conocida, y algunos árboles de sosté, que dan una resina muy olorosa, echada sobre las ascuas.

Cien años después, continuaba siendo virgen. Por eso, muchos hombres fueron atraídos a recorrerla. Destacan Juan Ballinas y Manuel Martínez, chiapanecos exploradores que, a finales de 1800, se aventuraron en expediciones que partieron de Ocosingo siguiendo el curso del Jataté. Nombraron ríos y parajes que encontraban a su paso, muchos de los cuales conservan la denominación: Las Tazas, La Soledad, Perlas, El Azul, Colorado y otros.

Atravesaron extensas serranías, sin presencia humana, cubiertas de árboles de caoba. Después de muchos intentos, un naufragio y penalidades varias, llegaron a una planicie sur-

cada por el caudaloso Jataté. Maravillados, bautizaron el lugar con el poético nombre de El Desierto de La Soledad.

Actualmente, existen áreas naturales protegidas en lo que queda de la selva tropical húmeda: Montes Azules, Lacantún, Nahá, Metzabok, Chankín, Bonampak y Yaxchilán. Cada una esconde algún lugar prístino que evoca su antiguo nombre. Son de los últimos reductos de México en uno de los ecosistemas más biodiversos de la Tierra.

Al caminar por sus senderos, se nota que la vida se expresa de múltiples formas. Nada es casual: selva y agua están vinculadas con el resto de los seres en un caos ordenado por el tiempo, como una sola y enorme raíz que alimenta y regula el vasto territorio.

Aquí nada es estático ni pasivo. Aquí todo se recicla. La muerte de un organismo es vida para

otros. Los espacios vacíos son llenados de inmediato y la lucha por ocupar los huecos puede ser feroz. Tallos delgados y gruesos compiten entre ellos mientras trepan en espiral y se superponen para formar complejos entramados. En la aparente calma, se aprecia cómo explota vida por todos los rincones. Entre las sombras, algunos animales permanecen inmóviles para no ser detectados; otros, alertas a cualquier acción, sonido u olor extraños, transitan con sigilo, para no ser descubiertos por sus depredadores, en busca de alimento.

Una infinidad de manantiales tejen su camino formando arroyos y ríos que confluyen en las cuencas alta y media del río Usumacinta, el más caudaloso del país, por lo que representa una de sus reservas hídricas estratégicas. Conservar esta riqueza vital es tarea de todos.

UNA SELVA SIN TIEMPO

Las primeras expediciones hacia El Desierto de La Soledad de fines de 1800 y principios de 1900, por Désiré Charnay, Teobert Maler o Alfred M. Tozzer, entre otros, desvelaron las culturas desconocidas de la región. Se empezó a tener noticias de pequeños grupos indígenas que habían preservado durante siglos sus formas de vida sin la influencia occidental. Se les llamó lacandones creyendo que eran descendientes de los legendarios habitantes de Lacam Tun, exterminados durante la última incursión de los conquistadores españoles en 1695. Sin embargo, esta teoría es hoy discutida, ya que descienden de gente que migró desde Yucatán en el periodo de la conquista.

A mediados del siglo XIX, la Selva Lacandona empezó a mostrarse como una zona que, además de tesoros arqueológicos, guardaba incalculable riqueza de maderas preciosas, que se convirtieron en objeto de explotación. Jan de Vos, historiador y estudioso de su colonización, registró las primeras incursiones para cortar árboles de caoba y cedro en 1859. Documentó que, ese año, Felipe Marín, comerciante de Tabasco, tiró setenta y dos trozos de caoba al Lacantún, de los cuales recuperó setenta en el trayecto a Tenosique. Con el éxito del experimento, comenzó una nueva conquista de El Desierto de La Soledad.

Las compañías se repartieron el territorio mediante concesiones temporales para la explotación de madera y establecieron monterías, campamentos donde vivían entre cincuenta y setenta familias. Luego proliferaron con su explotación de la naturaleza

y los seres humanos. Algunas fueron célebres por el maltrato a sus trabajadores, como San Román, la cual inspiró la novela *La rebelión de los colgados*, de B. Traven. Miles de trozas de caoba y otras maderas preciosas navegaron las caudalosas arterias de agua de la selva para llegar a los puertos donde eran comercializadas y, mientras la explotación ganaba territorios, los lacandones se replegaron. Las monterías desaparecieron a mediados del siglo XX. Entonces llegaron más exploradores.

La demanda de chicle durante la Segunda Guerra Mundial propició la instalación de campamentos para la extracción de la goma del árbol de chicozapote, abundante en la región. Aunque de segunda calidad, fue explotado a gran escala. Su comercialización demandó una infraestructura no imaginada: las pistas de aterrizaje para avionetas, que abrieron nuevas rutas para penetrar en la —hasta entonces— inaccesible floresta.

Con la ruta aérea y la información de las huellas arqueológicas que la selva guardaba, arribaron estudiosos de las culturas prehispánicas. Frans Blom, Gertrude Duby, Carlos Frey, Giles Healey y John Bourne hicieron aportes para comprender las culturas antiguas y actuales de El Desierto de La Soledad. En 1946, la difusión del hallazgo de los murales de Bonampak por Healey y las publicaciones de Duby y Blom acerca de los lacandones que habitaban la zona captaron la atención mundial y trajeron exploradores y artistas como Manuel Álvarez Bravo, Armando Salas Portugal, Arturo Sotomayor o Raúl Gudiño.

Simultáneamente al establecimiento de campamentos chicleiros y a la llegada de arqueólogos, los lacandones vivían una aculturación. Gertrude Duby, investigadora de sus comunidades, documentó en diarios de viaje que, hasta mediados del siglo XX, sus caribales se encontraban esparcidos por toda la selva, generalmente asociados a lagunas o ríos. Eran asentamientos de vida sencilla y apegada a la naturaleza, vinculados a las creaciones de su cosmovisión.

Actualmente, los lacandones se han concentrado principalmente en tres zonas: Lacanjá, Metzabok y Nahá. La modernidad parece haberlos devorado con la consecuente pérdida y la resignificación de sus costumbres y tradiciones.

Mientras las exploraciones arqueológicas aumentaban, nuevos pobladores arribaron. En los años treinta del siglo XX, llegaron las primeras familias de campesinos tseltales y choles para abrir un espacio habitable en la selva inhóspita. Desde 1950 hasta los primeros años de los ochenta, grupos procedentes de todas las regiones de México aparecieron en busca de «una tierra para sembrar sueños», como la denominó Frans Blom.

Con la creciente población y la explotación maderera sin contención, comenzó otra etapa en la conquista de El Desierto de La Soledad, pero esta vez con depredación desmedida. Datos actuales señalan que del inmenso territorio que conformaba la selva a principios del siglo XX hasta la segunda década del XXI, se ha destruido más del 70 por ciento. Extensas franjas, alguna vez pobladas de árboles milenarios y

vida animal, se han transformado en potreros para ganadería extensiva y sembradíos de palma de aceite. Por otro lado, el crecimiento de las ya no tan nuevas poblaciones demanda un mayor territorio para el maíz y otros cultivos mediante el antiguo sistema de roza-tumba y quema.

Estas situaciones han convertido gran parte de El Desierto de La Soledad en una tierra sembrada de desolación, con altos niveles de pobreza y conflictos sociales por el control y la explotación de la selva. También es amenazado por el narcotráfico, la deforestación, la caza furtiva, la sobrepesca, el saqueo de ruinas y la extracción ilegal de flora y fauna.

En este panorama sombrío, grupos locales, organizaciones no gubernamentales y algunas instituciones oficiales trabajan en la esperanza. Todos hacen esfuerzos por recuperar el territorio devastado. Si bien su empeño expresa la voluntad de una parte de la sociedad para preservar la naturaleza, es urgente reconocer que la responsabilidad para lograrlo es global. Sin importar dónde habitemos, la humanidad está en riesgo por la pérdida de selvas y bosques. La Tierra es nuestra y también la tarea de conservarla, aunque, desde la comodidad de la vida consumista, lo neguemos.

Durante siglos, los mayas construyeron urbes en la jungla y luego las abandonaron. Los seres humanos de nuestro tiempo, al poblar la selva, estamos llegando a ese destino en solo setenta años. Repetimos la historia y damos un salto al vacío. El Desierto de La Soledad ha sobrevivido pese a la destrucción. Si desaparece, resurgirá nuevamente, pero quizá lo haga sin nosotros.

Apuntes para una declaración de fe Rosario Castellanos (1948) (Fragmento)

[...]

Porque hay aún un continente verde que imanta nuestras brújulas.

Un ancho acabamiento de pirámides en cuyas cumbres bailan doncellas vegetales con ritmos milenarios y recientes de quien lleva en los pies la savia y el misterio.

Un cielo que las flechas desconocen custodiado de mitos y piedras fulgurantes.

Hay enmarañamientos de raíces y contorsión de troncos y confusión de ramas.

Hay elásticos pasos de jaguares proyectados —silencio y terciopelo— hacia el vuelo inasible de la garza.

Aquí parece que empezara el tiempo en solo un remolino de animales y nubes, de gigantescas hojas y relámpagos, de bilingües entrañas desangradas. Corren ríos de sangre sobre la tierra ávida,

corren vivificando las más altas orquídeas, las más esclarecidas amapolas. Se evaporan rugientes en los templos ante la impenetrable pupila de obsidiana. brotan como una fuente repentina al chasquido del látigo. crecen en el abrazo enorme y doloroso del cántaro de barro con el licor latino.

Río de sangre eterno derramado que deposita limos fecundos en la tierra.

Su caudal se nos pierde a veces en el mapa y luego lo encontramos —ocre y azul— rigiendo nuestro pulso.

Río de sangre, cinturón de fuego. En las tierras que tiñe, en la selva múltipara, en el litoral bravo de mestiza

mellado de ciclones y tormentas, en este continente que agoniza bien podemos plantar una esperanza.

Fotografías y texto de
Jorge Silva
jorgesilvaphotographer.com



Hembra de mono araña (*Ateles geoffroyi*) con su cría
Reserva de la biosfera Montes Azules (Chiapas, México)

HUMEDALES Y CERCETA PARDILLA, EN PREOCUPANTE Y CONSTANTE AMENAZA

Explorando los humedales del sur de Alicante, nos encontramos el parque natural de El Hondo (de la Red Natura 2000), un humedal litoral a diez kilómetros de la costa mediterránea, ubicado en parte de los términos municipales de Elche y de Crevillente, en la Comunidad Valenciana. Se trata de un paraje único con una gran biodiversidad, a lo que se une su ubicación geográfica, ya que contribuye con sus recursos al corredor migratorio mediterráneo. Este territorio es de vital importancia para las aves en sus rutas migratorias entre Eurasia y África.

Mi primera visita al parque natural El Hondo como fotógrafo

de vida silvestre, allá por el año 2013, fue una experiencia emocionante. Disfruté presenciando la belleza del humedal y de la avifauna en su hábitat natural. Fue entonces cuando me atrapó este tipo de fotografía; ya no había vuelta atrás: quería fotografiar aves, esto es lo que quería hacer por el resto de mi vida.

Cada minuto que pasaba en los humedales lo disfrutaba, ya que me encanta la fotografía, la naturaleza y los animales. Mis visitas a los humedales cada vez fueron más frecuentes, fotografiando, aprendiendo y descubriendo la etología de las especies. Así surgió mi proyecto Alas en los Humedales del Sur, una colección

de imágenes de las especies más emblemáticas de los humedales enmarcadas en un proyecto divulgativo de conservación. En la actualidad, forma parte de la exposición permanente del centro de interpretación del humedal.

Estos años he venido observando una degradación progresiva del medio natural. Tristemente, Doñana y las Tablas de Daimiel son noticia por las dificultades a las que se enfrentan, ya que no están en su mejor momento. En la actualidad son tiempos difíciles para los humedales, que, a pesar de estar protegidos con varias figuras de protección, no están libres de amenazas: la destrucción y deterioro del hábitat,

el uso intensivo del agua, la caza, las especies invasoras, la sequía, entre otras tantas causas, ponen en jaque a los humedales españoles. Es necesario conservarlos, ya que son importantes aliados para luchar contra el cambio climático y para preservar las especies que los habitan.

Los humedales no son solo agua, cumplen una función garantizando el desarrollo sostenible. «Donde se unen el agua y la tierra hay una fuente de vida: los humedales», es la definición que da de estos sistemas ecológicos el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF).

El parque natural El Hondo alberga especies únicas, algunas en peligro de extinción. Su avifauna le otorga mayor relevancia como humedal y lo ha validado para ser incluido, desde 1989, en la lista de humedales de la Convención Relativa a los Humedales de Im-

portancia Internacional especialmente como Hábitats de Aves Acuáticas —también conocida como Convenio de Ramsar (ciudad iraní donde se aprobó en 1971)—, sobre conservación y uso racional de los humedales.

La cerceta pardilla (*Marmaronetta angustirostris*) es una de las siete especies catalogadas en situación crítica en España y como vulnerable a nivel mundial. A un paso de la extinción hace unos años, es el pato más amenazado de Europa. Esta pequeña anátida de color tan discreto es bastante desconocida y pasa muy desapercibida a los ojos del visitante en los humedales.

El parque natural El Hondo es el principal punto de cría en Europa para la cerceta pardilla y uno de los principales núcleos de población a nivel mundial para la malvasía cabeciblanca (*Oxyura leucocephala*).

La población de cerceta pardilla se distribuye, principalmente, en humedales de la Comunidad Valenciana (51,3 %), Andalucía (38,2 %), las Islas Baleares (7,8 %) y Castilla-La Mancha (2,6 %). Así lo confirman los datos del grupo de trabajo de la cerceta pardilla, coordinado por el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico (MITECO).

El proyecto LIFE Cerceta Pardilla (cerceta-pardilla.es) tiene el objetivo de mejorar el estado de conservación de esta especie. Desarrolla una serie de acciones para revertir su situación, como el programa de cría en cautividad, anillado y marcaje para conocer más sobre el comportamiento de la cerceta.

A pesar de que es una de las especies ornitológicas más amenazadas de Europa, ha sido, paradójicamente, poco estudiada, y son muy escasos los datos



Grupo de flamencos entre la niebla. Laguna del parque natural El Hondo en una mañana muy fría de invierno



Martinete común (*Nycticorax nycticorax*). Lagunas del parque nacional de Doñana

Somormujo lavanco (*Podiceps cristatus*), otro habitante de los humedales

Humedales, donde la naturaleza se viste de vida. Grupo de flamencos

recogidos sobre movimientos migratorios de la especie —a pesar de haberse anillado varios centenares de ejemplares—, aunque sí se tienen registros de desplazamientos al norte de África durante la invernada.

Se ha puesto en marcha un programa de cría en cautividad en el Centro de Recuperación de Fauna La Granja de El Saler (Valencia), que cuenta con una dilatada experiencia en programas similares con otras especies de aves acuáticas, como el calamón, la focha cornuda, la malvasía cabeciblanca, etc.

Especies tan amenazadas y cada vez más escasas, como la cerceta pardilla, la focha moruna o la malvasía cabeciblanca, requieren hábitats con exigentes requerimientos ecológicos, en muy buen estado de conservación, para poder sobrevivir.

La naturaleza y el comportamiento animal son impredecibles, y es difícil capturar una foto decente. A menudo, tengo que esperar largas horas para obtener la toma perfecta. Por lo tanto, es importante ser paciente y esperar las condiciones adecuadas de luz, comportamiento, etc. Al final, todo vale la pena cuando

finalmente obtienes esa increíble toma. Aunque no se trata solo de capturar la belleza de estas aves.

La fotografía de naturaleza también puede ayudarnos a comprender sus comportamientos, descubrir cómo interactúan, y su papel ecológico en el entorno. Estos conocimientos nos facilitarán la toma de fotografías.



Foto del cartel de mi proyecto Alas en los Humedales del Sur



El proyecto Life Cerceta Pardilla quiere lograr que en España, último lugar de cría de esta ave en la Unión Europea, haya 125 parejas reproductoras en 2025.



Cerceta pardilla anillada, liberada en las jornadas de suelta del programa de cría en cautividad.



Macho de malvasía cabeciblanca, catalogada en peligro de extinción en el Libro Rojo de las Aves de España 2021, es un ave invernante y reproductora en El Hondo.

Las personas tenemos mayor facilidad para recordar con más detalle imágenes que palabras. Esto hace que la fotografía sea una herramienta increíblemente poderosa para crear conciencia.

Algo muy importante es respetar siempre a los animales y su hábitat. Recordad que somos unos invitados en el hábitat del animal. Mantener una distancia segura para los animales y no interferir en su comportamiento ni perturbar su entorno natural es nuestra responsabilidad.

La situación actual de los humedales, su incierto futuro, así como el continuo declive poblacional que durante los últimos años ha venido sufriendo la especie de anátida más representativa de nuestros humedales y que la ha llevado a estar en una situación crítica, son el motivo por el que he escrito este artículo.

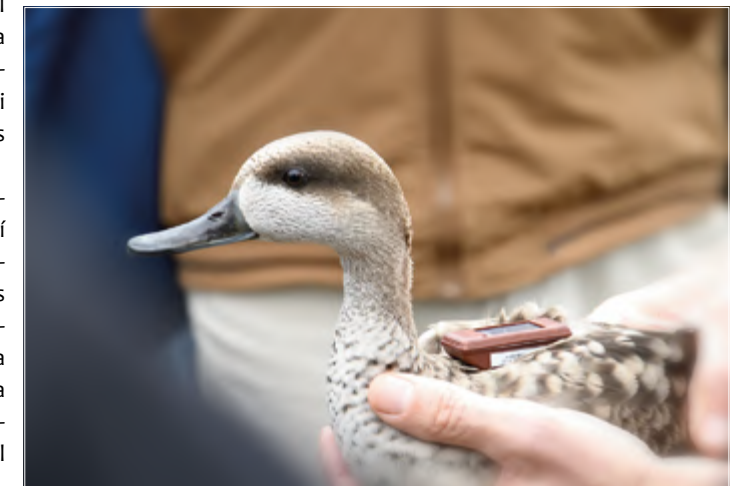
¿Conocías la cerceta pardilla?

Espero que a partir de ahora sepas de su existencia, y te reto a que, cuando visites un humedal, la busques. Aunque es muy escasa, de momento tenemos la suerte de poder encontrarla en algunos humedales españoles y

fotografiarla. Espero que esto sea posible por mucho tiempo más.

Fotografías y texto de
Lola López

Instagram: @lolalopezphoto



Jornadas de suelta de ejemplares criados en cautividad. Cerceta con GPS para conocer más sobre sus patrones de desplazamientos migratorios.

CÚPULAS DEL BOSQUE

INSPIRACIÓN

El concepto que está detrás este proyecto fotográfico es concebir el bosque como un espacio sagrado, el lugar de donde procedemos, ya que somos primates que un día nos bajamos del dosel de un bosque, como dijo Francis Hallé en su libro *Elogio de la planta*.

Todo parte de la agradable sensación que produce, al caminar por un bosque —especialmente por un bosque húmedo, un hayedo de mi tierra—, su olor inconfundible, a frescor, la sensación de estar rodeado de seres que me acompañan en mi silencio, concentrado en formas y colores, en el movimiento que

a sus ramas y hojas les produce el viento —suaves caricias sonoras— y, aquí o allá, la presencia de algún animal que se desplaza por el techo, por las columnas o escondido en la hojarasca..., *meditar*, lo llaman otros.

Mirar hacia arriba, a las ramas, a las hojas, a los troncos; sentir el bosque como una entidad viva interrelacionada, tanto a nivel de raíces —con las que unos árboles abrazan a otros y se comunican, se avisan— como en la competición por la luz, allí arriba, ocupando todo espacio que permita recibir la energía del sol, es una alabanza al dador de vida, esa estrella nuestra. Siento que es como estar dentro de un

gran espacio sagrado, un templo al sol, el mismo al que adoraron nuestros ancestros, y lo que veo es la cúpula que cubre ese espacio, como en las catedrales góticas y barrocas, filtrando la luz por sus rosetones, deslizando haces de luz entre sus ramas.

Necesitaba encontrar alguna forma de expresar esa geometría sagrada que tiene el bosque y, aunque me encanta fotografiar el bosque tal cual es —su caos bien organizado, sus individuos, sus protagonistas, los árboles, colocados en el encuadre según se presencia, su singularidad—, este tipo de composiciones no me llenaban lo suficiente, no tenían esa geometría mística que

buscaba, un diseño que me evocara un templo, una arquitectura equilibrada, estable, circular como el sol y con una repetición que creara sosiego. Así que vi esta posibilidad en la múltiple exposición que ofrecen varios modelos de cámaras. Reproducir su simetría radial, es decir, repeticiones en torno a un punto central.

En general, para crear fotografías, busco mi inspiración en las obras clásicas del arte, en la pintura (barroco, romanticismo, impresionismo, expresionismo abstracto...) y en la arquitectura fundamentalmente, aunque la escultura, la música y la literatura también son buenas fuentes de inspiración para crear imágenes.

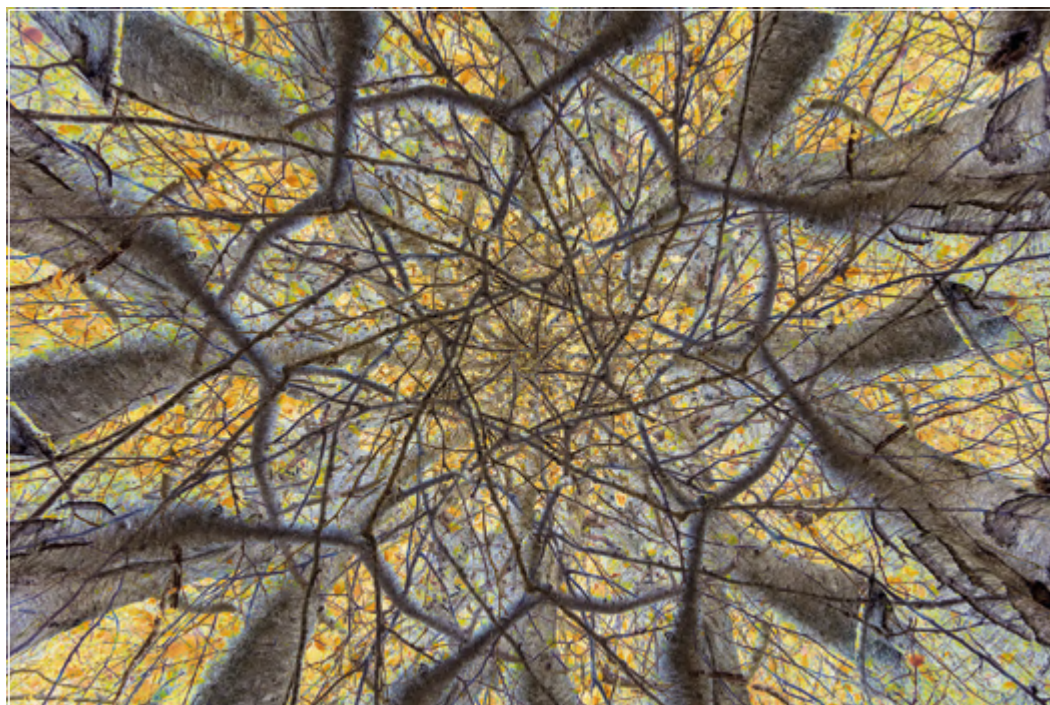
Los pintores que me inspiran son Caravaggio y sus claroscuros, Rubens y su color y movimiento, la fuerza expresiva de Artemisia Gentileschi, el uso de la sombra de Rembrandt, el uso

de la luz de Vermeer, las atmósferas de Turner, los escenarios románticos de Friedrich, las manchas de luz y color de Monet y Renoir, los planos de Cezanne, el puntillismo de Seurat, la pinclada exultante de Van Gogh, las aproximaciones a las flores de Georgia O'Keeffe, los campos de color de Rothko, la pintura salvaje de Pollock y Krasner, la geometría mística de Hilma af Klint, el movimiento de Boccioni, la armonía y transparencias de Rafael, los mundos inventados y las pareidolías de Leonora Carrington o Dalí, la línea recta de Mondrian, la curva de los Delaunay, la musicalidad de Kandinsky, el arte decorativo de Klimt; tengo una serie inspirada en el cuadro *Mujer bajando una escalera* de Duchamp...

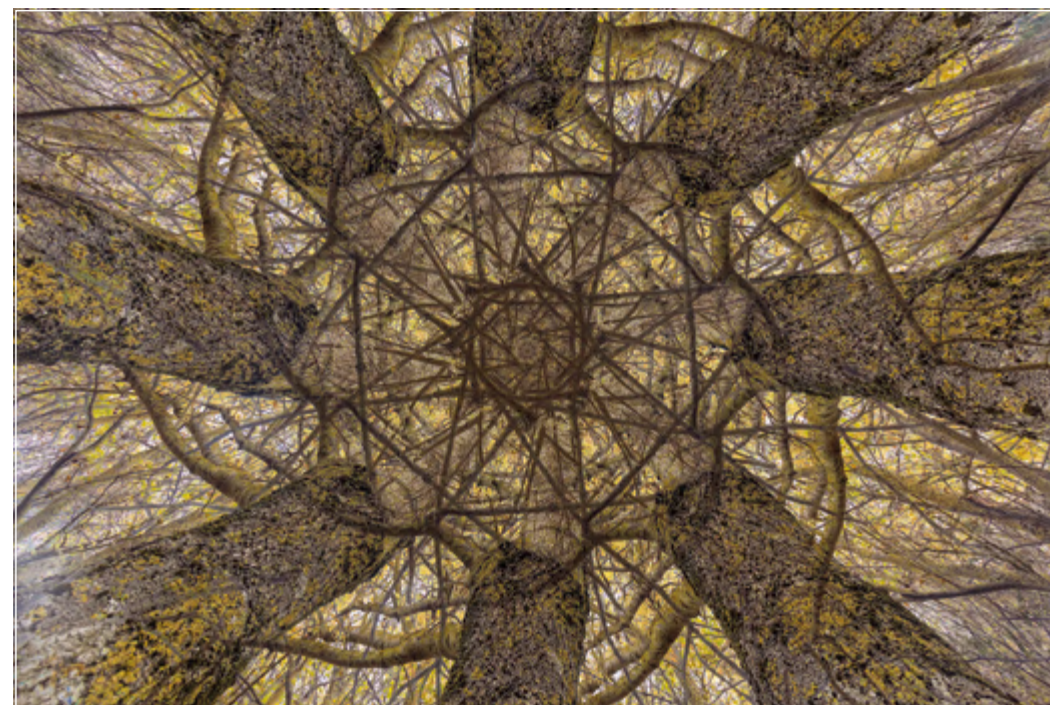
En concreto, para estas fotografías me he inspirado en las cúpulas de las catedrales barrocas

(supongo que ya se adivina que soy un amante del Barroco, para mí, el culmen del arte), con base en el octógono (por ello son ocho las fotografías que componen cada imagen), en sus nervios y columnas (las ramas y troncos), en sus ornamentaciones (hojas); y la luz la aporta un día nublado filtrándose por el dosel arbóreo (como en las vidrieras de los rosetones).

Con la multiexposición también suelo buscar otro tipo de composiciones, en las que la geometría no es la protagonista, busco patrones, repeticiones, de árboles o de plantas, de lugares con contraste entre sombra y luz; y a menudo las adorno con tapices en la última foto de la multiexposición, con hojas de un árbol colorido, con flores, con reflejos, bien a velocidad alta, para conseguir nitidez, bien con velocidad baja, creando manchas de



Vidriera



Infierno de Dante

acuarela. En estas fotografías no suelo sacar tantas como ocho seguidas, son 3, 4 o 5, y los parámetros varían mucho, todo lo que se me vaya ocurriendo; y, como siempre, hay que comprobar los resultados y profundizar en las imágenes que me gusten. En este tipo de composiciones, la inspiración me viene más de la pintura Art nouveau, de la Secesión de Viena (de Gustav Klimt).

Hay otros fotógrafos que sacan buen partido a la multiexposición inspirados en el cubismo de Picasso o Braque, y otros la utilizan para crear fondos diversos, en movimiento o difusos a sujetos bien enfocados, creando apariencias de fantasía, con inspiración en las acuarelas; o que sorprenden inspirándose en el surrealismo. También he visto utilizarla como doble exposición de un mismo motivo (un tronco, por ejemplo), pero cambiando la

orientación de la cámara, un giro sobre el eje horizontal, creando máscaras, pareidolias.

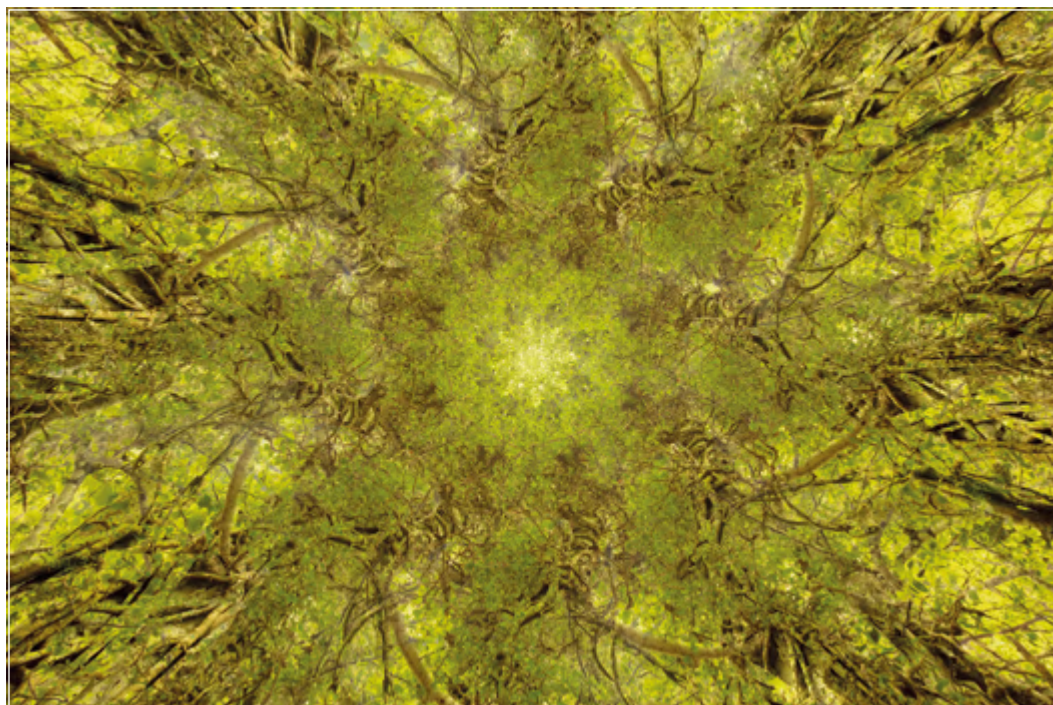
También suelo experimentar con otras técnicas creativas. Una de las que más satisfacción me da es disparar con velocidades bajas (de 1 a 1/20 de segundo, más o menos) y moviendo la cámara, a pulso, a veces con suavidad y otras, de forma compulsiva, usando la cámara como un pincel, comprobando el resultado y quedándome con los parámetros, movimientos y motivos que me parecen atractivos (ni que decir tiene que muchas van directas a la papelera). En este caso, me inspiro en el impresionismo o, si ya mis movimientos son muy rápidos, en el expresionismo abstracto.

TÉCNICA

Elijo un día nublado. He comprobado que con cielos despejados, se acaban quemando las imágenes

o se produce un contraste excesivo que no me gusta. Tengo el privilegio de vivir en una tierra en la que los cielos suelen estar cubiertos de nubes a menudo, y disfruto de esa luz envolvente.

Cojo mi cámara de formato completo (con la opción de exposición múltiple), el objetivo de 14 mm f/2.8 y mi trípode graduado, y me voy a la sierra. Una vez situado dentro del bosque, de hayas generalmente y en primavera tardía (mayo) o en otoño, que es cuando lucen sus mejores galas —verdes clorofílicos o toda la variedad que va del amarillo al anaranjado y a los marrones de las hayas, sin olvidar los rojos de los arces—, me acerco a esos árboles que ya han sido protagonistas en otras fotos mías, miro hacia arriba, me muevo un poco para un lado, otro para el otro, un paso atrás, dos adelante, y voy intuyendo la imagen que puede



Cúpula de verano



Cúpula de otoño



Cúpula de primavera

resultar —solo intuir, porque a menudo me sorprende el resultado—. Coloco el trípode, bien nivelado con los niveles de burbuja y bien firme, y la cámara, apuntando hacia arriba —hay que ser meticuloso y buscar que el objetivo esté perpendicular a la horizontal del suelo.

Los parámetros que suelo usar son: prioridad al diafragma; modo multiexposición de ocho disparos, en fase oscura; ISO 200; diafragma $f/8$ o $f/11$; la velocidad que me diga la cámara, pero evitando que sea demasiado baja, y sobreexposición, unos 3 puntos.

Estas fotografías son fruto de una múltiple exposición en cámara, que genera un único RAW. Son ocho disparos seguidos, girando la cámara 45° de un disparo al siguiente (mi trípode está graduado); como es la suma de ocho fotografías, se va perdiendo luz al ir sumando archivos todas ellas, así que las saco con 3 o 2 puntos de sobreexposición.

El método es el de ensayo y error: analizo cada imagen resultante al momento y voy corrigiendo la posición de la cámara, moviendo el trípode y, si es necesario, los parámetros hasta conseguir el lugar correcto para lograr la imagen que quiero, o la que me gusta más, porque la suerte también tiene que ver en estas fotografías. La repito para pulir el encuadre, buscando esa geometría radial con base en el octógono. Y luego busco otro lugar en el que los árboles se abracen en el dosel, y repito, con calma, disfrutando, la misma técnica.

Esto lo repito en diferentes bosques y en diferentes días del año, aunque casi todas han sido tomadas en mayo y noviembre,

que son los meses en los que están más atractivas las hojas del hayedo en mi tierra.

Suelo experimentar también con diferentes variaciones de objetivos, de grados de una foto a otra, de ángulo entre cámara y sujeto, de número de disparos, de tipo de exposición múltiple, de parámetros (sobreexposición, temperatura de color...). Y, sobre todo, variando el lugar en donde plantamos el trípode y lo que situemos en el centro de la imagen, se obtienen diferentes resultados. Suelo probar a menudo con seis disparos o con cuatro, reduciendo entonces la sobreexposición.

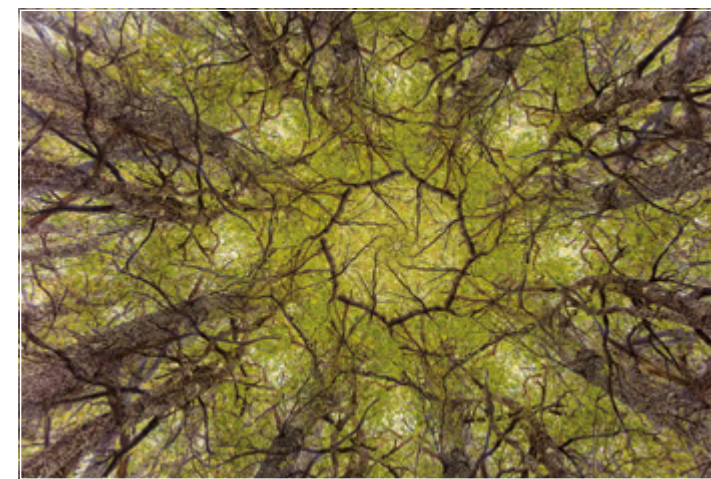
Los colores también son importantes. Elijo árboles con hojas verdes clorofila o de colores cálidos —amarillas, naranjas, rojas, marrones, marchitas—; los grises y los negros los suelen aportar los troncos y ramas, mezclados con el verde del musgo que los tapiza en parte, o las lianas de las hiedras. Y, sobre todo, elijo espacios por los que la luz se cuele, hojas que se transparenten con la luz, dando luminosidad al color. En el centro, casi siempre un círculo, un octógono o una estrella, figuras

pequeñas que aporten mucha profundidad a la composición. Un aspecto importante son los troncos: sus formas, líneas, colores marcan las entradas visuales en la imagen creada.

Y aunque la técnica es importante al principio, luego lo importante es tu visión, en qué lugar colocas el trípode y, sobre todo, analizar los resultados en ese instante e intentar mejorar tu composición. No hay prisa. Mientras se disfruta, no debe haber prisa por obtener resultados satisfactorios, porque acaban llegando y, si no llegan, pues ese tiempo relajado, concentrado, creativo y por ello feliz que te llevas para casa; esa placentera sonrisa con la que regresas de una sesión fotográfica inmerso en la naturaleza no tiene precio.

Os animo a experimentar y a disfrutar creando. Hay muchos caminos por experimentar en fotografía. A sentir el placer que produce fusionar arte y naturaleza.

Fotografías y texto de
Aitor Badiola
aitorbadiola.com



Rosetón

EL ABEJARUCO EUROPEO EN LA SIERRA DE CÁDIZ

El abejaruco europeo es una de las especies más atractivas para los fotógrafos de naturaleza en el ámbito nacional y, por ello, os voy a contar mi última experiencia. En principio, una idea rondaba por mi cabeza, pero acabé ejecutando otra por las condiciones que se dieron.

El abejaruco (*Merops apiaster*) es un ave coraciforme y emparentada con la carraca, la abubilla o el martín pescador. Tiene un plumaje precioso, quizás el más colorido de la península ibérica. Su longitud está en torno a los treinta centímetros, con una envergadura de unos cuarenta. Pero lo que nos atrae a los fotógrafos de naturaleza es su colorido, su agilidad en

vuelo y la gran cantidad y variedad de insectos que cazan en vuelo, incluso algunos sobre las flores. Su dieta está compuesta por pequeños dípteros, himenópteros, lepidópteros, coleópteros y hasta grandes libélulas.

El otoño e invierno lo pasan en África, al sur del Sahara, después de un largo viaje. A veces, a finales de marzo, pero sobre todo en la primera quincena de abril, se oyen a estas coloridas y atractivas aves en vuelo. Los primeros abejarucos reclaman muy alto en grandes grupos. Es señal de que, en pocos días, los que desarrollan su ciclo reproductivo en la sierra de Cádiz comenzarán a asentarse en sus lugares de cría.

Su población en el sur de España es abundante y, por tanto, en la sierra de Cádiz y, concretamente, en el parque natural Sierra de Grazalema.

Aunque en otros lugares de Europa, las colonias de anidación se concentran en llanuras y colinas, en la sierra de Cádiz prefieren las pequeñas paredes verticales de márgenes fluviales erosionados, que suelen secarse en verano o en los que el nivel del agua les permite anidar en sus túneles con su cámara al fondo. Les encantan esos pequeños cortados de los bordes de arroyos de 0,5-1,5 metros. En la zona son sus lugares preferidos de cría, aunque algunos, pocos, rehagan

o comiencen sus excavaciones en el suelo o márgenes verticales de caminos rurales. La mayor parte de la anidación de las colonias se encuentra entre los 200 y los 1000 metros de altitud y las más abundantes, en el espacio natural, en torno a los 800 metros.

En la sierra de Cádiz, el abejaruco se agrupa en colonias de diez a treinta aves, aunque algunas parejas quedan un poco más aisladas y otras colonias superan ese número. Entre finales de junio y los primeros días de julio, los pollos vuelan con sus padres y las colonias se desplazan a lugares con más presencia de insectos para coger fuerzas y migrar a finales agosto o principios de septiembre.

Pese al conflicto que pudiera haber con los apicultores, en la zona hay un respeto absoluto hacia esta especie y rara es la vez, desde hace muchos años, que

alguien taponara los túneles donde anidan. Suele tener un comportamiento tranquilo una vez que se acostumbran a la presencia del *hide*, aunque depende de las zonas e incluso de cada individuo.

Aunque ya había fotografiado antes y en numerosas ocasiones a esta especie, este año tenía ganas de volver a hacerlo e intentar conseguir imágenes atractivas con gran angular. Esa idea inicial cambió cuando una pareja, de comportamiento bastante tranquilo en presencia del *hide*, ocupó un nido antiguo en una zona cercana a Grazalema. Un tramo de un arroyo en forma de L fue la causa del cambio de planes. Las primeras pruebas fueron una vez ya nacidos los pollos y con una semana aproximada de vida para no molestar a las aves durante la puesta o con sus crías muy pequeñas.

Una gran tormenta y un mes de junio de temperaturas más

bajas de lo habitual hicieron que se cubriera de flores toda la zona. La caza de insectos, las entradas y salidas del cubil, con el *hide* a unos diez metros, permitía fotografiar con un desenfoque delantero y trasero de flores y una amplia gama de colores fríos y cálidos. Así conseguía una explosión de color alrededor de la ya preciosa especie. Las cebas de la pareja eran constantes (unas 50 veces cada 2-3 horas) y, por tanto, las posibilidades de éxito estaban aseguradas.

Una tarde de mediados de junio, tuvo lugar un acontecimiento que posiblemente cambió la vida de esa familia. De pronto, un «grito» continuo de alarma de los abejarucos. Al instante, el ataque de un gavián, que pasó por encima del *hide* como un F-18. No pude ver cuál fue la víctima, aunque me preocupé un poco por la cercanía de la pareja de



Canon EOS R5, EF100-400 mm f/4.5-5.6L IS II USM (a 300 mm), f/5, 1/8000 s, ISO 800, trípode, *hide*



Canon EOS R5, Canon 500 mm f/4, f/9, 1/3200 s, ISO 2000, trípode, *hide*



Canon EOS 1D Mark III, Canon 17-40 mm f/4 (a 17 mm), f/16, 1/300 s, ISO 125, 3 flashes, trípode, *hide*

abejarucos. Al momento, y durante más de media hora, todas las aves del entorno estuvieron dando la voz de alarma a unos cincuenta metros detrás del escondite. Estorninos, mirlos, curru-cas, alcaudones, oropéndolas... no paraban de emitir cada una su voz de alarma, algo normal. Lo que ya no era normal es que, después de dos horas, solo apareciera la hembra en su posadero habitual —una rama seca de un majuelo de unos tres metros— y hubiera una sola ceiba. Desmonté pronto y me fui pensando que el susto había sido mayúsculo.

La siguiente tarde, en un principio, fue todo normal, hasta que, al poco, me di cuenta de que la única que se posaba en ese majuelo y que cebaba a la prole era la hembra. Pensé que era casualidad y que la agilidad del abejaruco era suficiente para librarse del ataque de la rapaz y que la víctima

sería otra especie. Ese día quedé apenado: el macho había desaparecido y todo parecía indicar que fue él la víctima. Tenía mis dudas, pero la hembra consiguió sacar adelante, ella sola, a sus crías.

LAS FOTOGRAFÍAS

El equipo que utilicé fue la Canon R5, Canon 500 f/4 L IS USM y Canon 100-400 L IS USM II.

La técnica era sencilla: preenfocaba la zona de paso y, al aparecer el ave, una ráfaga ayudaba a obtener varias imágenes aprovechables. Siempre intentaba disparar a una velocidad superior a 1/2000 s, para congelar al ave, y el diafragma abierto para obtener esos desenfoques y esa velocidad. Casi siempre, el ISO debía ser alto, en torno a 2500, sobre todo en la primera hora de las sesiones. El sonido característico del ave ayudaba a estar preparado para iniciar la ráfaga de disparos.

Como dije antes, mi objetivo era obtener vuelos con gran angular, pero el fondo no me convenía. Las imágenes con teleobjetivo son más atractivas, por los desenfoques y las gamas de colores obtenidas. Dediqué muchas sesiones para captar el mayor número de presas distintas, aunque el 80 % eran himenópteros y no tantas libélulas como otros años. Las sesiones duraban unas cinco horas por la mañana y unas tres por la tarde (contraluces). Fue una experiencia muy divertida, con cientos de imágenes por sesión.

A pesar de la pena que sentí aquella tarde, siento que la vida salvaje es así. Con todo, hubo final feliz gracias al enorme trabajo de mamá abejaruco al sacar adelante ella sola a su prole.

Fotografías y texto de
Andrés Miguel Domínguez
dendrocopos.com



Canon EOS 5D Mark III, Canon 500 mm f/4 + teleconvertidor 1.4× (a 700 mm), f/5.6, 1/1600 s, ISO 320, trípode, *hide*



Canon EOS 1D Mark III, Canon 500 mm f/4 + teleconvertidor 1.4× (a 700 mm), f/11, 1/160 s, ISO 100, trípode, *hide*

POLVO DE HADAS

«¡N o le toques las alas, que le quitas el polvillo y entonces no puede volar!».

Seguro que has oído (o dicho) esto más de una vez en tu niñez...

¿Vuelan las mariposas gracias a ese polvo mágico?

¿Crees en las hadas? (cada vez que alguien dice que no, un hada cae muerta en alguna parte...).

¿Todas las hadas tienen alas?

¿De qué está hecho el polvo de hadas?

¿Existen antes las hadas o las mariposas?

¿Qué tienen que ver las ollas y las teteras con Campanilla?

Las mariposas son fascinantes, y por eso quizá les hemos atribuido desde siempre todo tipo de propiedades mágicas. Para empezar, más que un animal, son casi un «estado de vida». De unos diminutos huevos nacen unas larvas que se convierten en orugas, que se alimentan hasta metamorfosearse en lo que conocemos por *mariposas* (en realidad, *imago*s), que se alimentarán, a su vez, y se aparearán hasta poner los huevos de la siguiente generación...

Esta transformación ya es, de por sí, uno de los más increíbles misterios de la naturaleza. Por ello, desde la Antigüedad, nuestros antepasados les han

conferido propiedades místicas, mágicas..., que en algunos casos han llegado a nuestros días.

De hecho, si rastreamos algunos de los nombres taxonómicos de las mariposas, podemos encontrar múltiples referencias a la mitología grecolatina de la que está impregnada toda nuestra cultura, tales como Cupido, Ícaro, Glauco, Psyche, Pandora, etc.

En cuanto a las hadas... ¿qué tienen que ver con las mariposas? Seguro que al pronunciar la palabra *hada*, lo primero que te viene a la mente es un ser diminuto, femenino, atractivo... y con alas. Siempre alas. Bien de mariposa, bien de tipo libélula, transparentes. Es muy probable,

además, que estés pensando en el hada más famosa de la historia: Campanilla.

Pero... situémonos en una línea temporal. Las primeras mariposas se originaron hace cien millones de años, a partir de polillas herbívoras, coincidiendo con la aparición de las primeras plantas con flores. Las mariposas han presenciado el auge y la caída de los dinosaurios, la aparición del *Homo sapiens*, los primeros versos de Homero, el descubrimiento de la piedra Rosetta (que desentrañó los misterios de los jeroglíficos) o la invención de los automóviles eléctricos, entre otros eventos históricos.

También estaban presentes cuando las primeras leyendas del folclore empezaron a hablar de los seres que hoy conocemos como «hadas» (*fairies*, en inglés), cuyo nombre proviene del latín *fatum*, ‘destino’.

Y es que las primeras hadas, lejos de volar, eran sencillamente seres mitológicos (no siempre femeninos, no siempre diminutos), asociados a la naturaleza (nereidas, ninfas, ondinas...), que nos acompañaban y nos guiaban hacia nuestro destino. En ocasiones, algunos de estos espíritus se ayudaban de unos polvos «mágicos», obtenidos de plantas y raíces ancestrales, que más que hacer volar, tendrían propiedades sanadoras.

El mito griego de la unión de Psique (el alma) y Eros (el amor) puede que fuera el alumbramiento de las hadas versión 2.0. Psique (en latín, Psyche; en griego, Ψυχή), es la personificación griega del alma y suele representarse como una hermosa mujer con alas de mariposa. El nombre *psique* significa ‘alma/mariposa’ en griego (la palabra *psicología* bebe exactamente de la misma fuente).

Desde ese momento, alenta-do también por el hecho de que las hadas podían cambiar de forma a su antojo, el folclore empezó a asociar a las hadas con seres alados, lo que, por otra parte, hay que reconocer que les sentaba de maravilla... Sin embargo, la historia seguía sin explicarnos por qué el polvo de hada tenía la mágica propiedad de hacernos volar.

Curiosamente, fueron de nuevo los griegos (padres culturales de Occidente) quienes, seguramente fascinados por su contemplación (¡y sin microscopios!), decidieron bautizar a las mariposas como *lepidópteros* (*lepis*, ‘escama’ / *pterus*, ‘ala’), es decir: alas con escamas.

Y, en efecto, si nos acercamos lo suficiente, podremos comprobar que el nombre no puede ser más acertado... Este increíble tapiz de pequeñas escamas de colores—que son como micropelos





modificados—conforman un mosaico que recubre sus alas por ambos lados, a razón de quinientas unidades por milímetro cuadrado. Es... pura magia.

Las mariposas son de sangre fría, y las escamas actúan como «placas refractarias» en miniatura, que les ayudan a regular la temperatura, unas veces disipando y otras concentrando.

HABLANDO DE FOTOGRAFÍA

Esta particularidad hace que el mejor momento del día para fotografiar mariposas sean los amaneceres o atardeceres, sobre todo en zonas de altitud en las que el contraste de temperatura entre el día y la noche es muy acusado. Si bien estas fotografías implican encontrarlas en sus posaderos (lo cual no siempre es fácil a primera vista y requiere práctica y paciencia). Por el contrario, intentar la

fotografía en pleno día, además de tener el inconveniente de posibles luces muy duras, puede convertir la sesión en todo un reto físico, en persecución de las mariposas de flor en flor... aunque, ese mismo dinamismo es el que nos puede regalar poses únicas, como alas a contraluz, o como la siempre sorprendente lengua (espiritrompa) enrollada-desenrollada para libar el néctar de las flores.

La fotografía de macro extremo, usando la técnica de apilamiento de enfoque, nos permite la aproximación milimétrica a la espectacular configuración en mosaico de azulejos de las escamas. Esta técnica requiere el uso obligado del trípode y, a ser posible, sujetos totalmente inmóviles.

UN INVENTO PARA CUIDAR A LOS NIÑOS

En 1904, el dramaturgo y novelista escocés J. M. Barrie, inspi-

rado por los niños de la familia Llewelyn Davies (de los que terminaría haciéndose cargo al quedarse huérfanos), estrenaba la obra de teatro *Peter Pan*, con un éxito inmediato de público y crítica.

En ella, un niño que no quería crecer, ayudado por un hada diminuta llamada Tippytoe, hacía volar a los hermanos Darling (Wendy, John y Michael) con solo tener pensamientos alegres (una metáfora muy conveniente sobre el estado de ánimo que nos proporcionan las actitudes positivas).

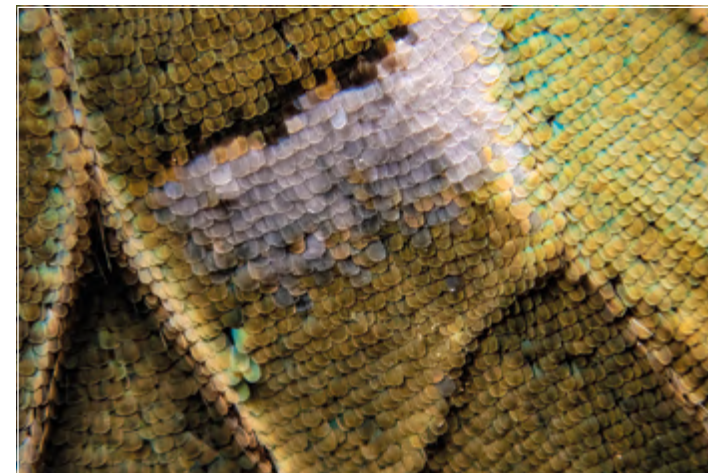
El problema fue que los niños que iban a ver *Peter Pan* se lanzaban desde sus camas imitando a los personajes de la obra... y, por muy alegres que fueran sus pensamientos, terminaban estampados en el suelo.

Por este motivo, Barrie—que no paraba de hacer retoques y

mejoras al texto de *Peter Pan*—se sacó un as de la manga: en adelante, para poder volar, se necesitaría el polvo que el hada Tippytoe (en inglés, ‘de puntillas’) dejaría caer sobre los niños. En las funciones, el hada se representaba con una luz y el tintineo de una campanilla, por lo que el autor le cambió el nombre al de Tinker Bell (Campanilla arreglaba ollas y teteras, *tinker*, en inglés), que en el mundo hispanohablante tradujimos como Campanilla.

Es probable que en Barrie confluyeran todos los hilos del folclore alrededor de las hadas, la mitología y, por qué no, la observación de las mariposas.

Sea como fuere, desde este momento, el polvo de hada empezaría a quedar fijado de manera indeleble en la cultura popular como el polvillo mágico que colorea y permite volar a las mariposas.



EN REALIDAD, EL POLVO DE HADAS SÍ QUE EXISTE

Ya nos lo dijo Carl Sagan. La sustancia de las alas de las hadas (perdón, de las mariposas) y los átomos de nuestras células están hechos del polvo de estrellas que colapsaron hace millones de años. Por lo que «somos la forma que tiene el universo de co-

nocerse a sí mismo». Yo prefiero quedarme con la teoría de Barrie sobre el origen del polvo de hada: «Cuando el primer niño nació, su risa se rompió en mil pedazos. Y ese fue el origen de las hadas...».

Fotografías y texto de
Ramiro Díaz
fotosensible.es



PEQUEÑOS PAISAJES NATURALES

La fotografía tiene el poder de trascender las limitaciones del espacio y el tiempo, permitiéndonos capturar la esencia y la belleza del mundo que nos rodea. A menudo, nos maravillamos con los grandes paisajes dejando pasar por alto un universo oculto: los pequeños paisajes naturales. En estos diminutos escenarios, la magia se revela en cada detalle, y a través de la fotografía, podemos desvelar y compartir la extraordinaria belleza que se encuentra en los rincones más pequeños de la naturaleza.

Así, una hoja se convierte en un lienzo de texturas y colores, una gota de rocío se transforma en una joya transparente

suspendida en el tiempo y un grupo de piedras pasa a ser un paisaje escultórico, donde cada forma y textura nos transporta a un mundo de misterio y creatividad. En esta búsqueda, desarrollamos una nueva forma de observar el mundo. Aprendemos a detenernos y a mirar más de cerca, a examinar con atención cada detalle que conforma este microcosmos natural.

De esta forma, descubrimos una paleta infinita de colores, tonalidades y matices que se despliegan en un delicado equilibrio. Los detalles que pasan desapercibidos a simple vista se convierten en protagonistas y nos revelan una belleza que a

menudo ignoramos en nuestro ajetreado día a día.

Con cada clic del obturador preservamos momentos efímeros, congelándolos en una imagen que perdurará para siempre. La cámara se convierte en nuestra herramienta para contar historias silenciosas, para revelar la poesía que se esconde en cada detalle y para transmitir la sensación de asombro y conexión que experimentamos al explorar estos escenarios naturales. Cada imagen capturada nos permite compartir con otros la magia de estos pequeños mundos y, al hacerlo, inspiramos a los demás a mirar más de cerca, a explorar y a descubrir la belleza que a

menudo pasa desapercibida en nuestro entorno cotidiano.

EL ARTE DE LA OBSERVACIÓN

A diferencia de la fotografía de gran paisaje, aquí es fundamental adecuar nuestra manera de observar. Estamos acostumbrados a encontrarnos ante majestuosos escenarios cuya indiscutible belleza y grandiosidad nos pide a gritos retratarlos. Sin embargo, en estos pequeños paisajes, la cosa cambia y nada resulta claro y evidente a primera vista. Hay que mirar con atención y dedicación y sumergirse en el mundo de los detalles.

La belleza en los pequeños detalles toma sentido cuando dejamos que elementos tales como las sutiles texturas que aparecen en la superficie de un objeto o los complejos patrones que se ocultan en la estructura

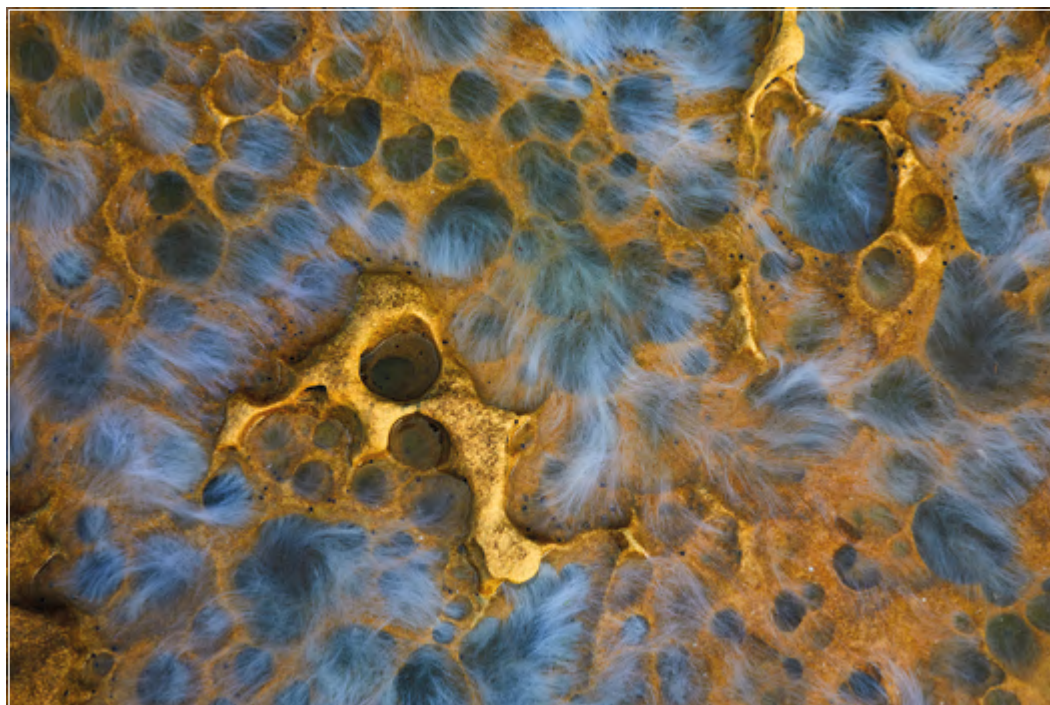
de un elemento trasciendan en algo sugerente. Formas, líneas, colores y su interacción pueden dar lugar a algo más bello que el más épico de los paisajes, pero debemos pensar de esa manera. Debemos centrarnos más en cómo se presentan los objetos ante la lente que en los elementos en sí mismos.

El fotógrafo Elliott Erwitt decía: «Para mí, la fotografía es un arte de observación. Se trata de encontrar algo interesante en un lugar común. He encontrado que tiene poco que ver con las cosas que ves y todo que ver con la forma en que las ves». En efecto, aquí la fotografía se convierte en un auténtico acto de observación, una expresión artística que se nutre de la habilidad para descubrir lo intrigante y lo excepcional en medio de lo cotidiano y corriente. En este proceso creativo, he llegado a la conclusión de

que su esencia no radica tanto en los objetos que se presentan ante la lente, sino en la perspectiva única y personal con la cual se los aborda y se los contempla. La magia de la fotografía reside en la capacidad de transformarlo ordinario en algo extraordinario a través de la mirada del fotógrafo.

En este acto de observar, es fundamental tener paciencia y dejar que la retina capte a fondo lo que nos rodea. Ese acto de detenernos nos brinda la oportunidad de apreciar la belleza y la perfección de la naturaleza en su forma más pura. Nuestros sentidos se agudizan y somos conscientes del destello fugaz de un rayo de sol sobre una hoja, de un juego de tonos y colores que resaltan las formas de una roca o del reflejo de la luz en el agua.

También debemos volver a activar esa capacidad de asombro que tienen los niños. Hay que



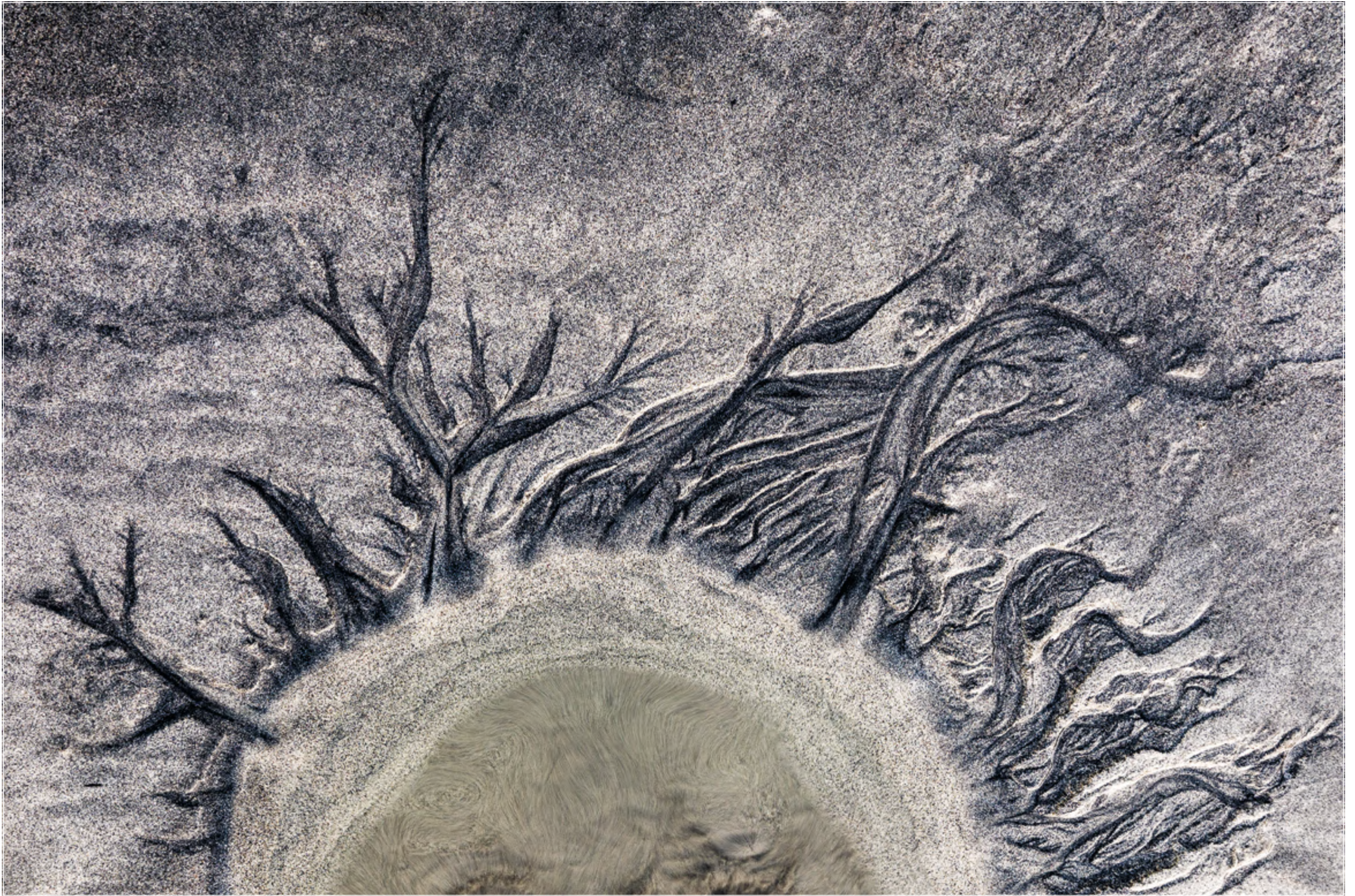
Paisaje intermareal

Un espacio a veces sumergido y a veces no. Un lugar que no siempre quiere ser descubierto.



Salto al vacío

Vista cenital de un riachuelo. Una hoja parece estar pensando si saltar al agua para unirse a sus compañeras.



Sol de arena

Los surcos del agua en la arena son una fuente inagotable de imágenes.



Suelos de arena craquelados.
La naturaleza se entretiene y disfruta con pequeños pasatiempos.

dejarse sorprender ante la variedad de colores vibrantes, texturas exquisitas y formas cautivadoras que nos rodean. En un mundo recargado de estímulos visuales, parece como si nuestra reacción ante lo que tenemos delante se hubiera dormido. Tiene que ocurrir algo muy sugerente para captar nuestra atención. Es curioso que cuando, en el momento de la toma, nuestro imágenes a gente que está a mi alrededor, se sorprenden y preguntan dónde estaba eso. Se trata de tener una mirada activa ante estos estímulos.

Otro de los grandes tesoros que podemos encontrar a través de la observación son las pareidolías. Como si se tratara de un regalo adicional, las ilusiones ópticas que se producen ante nosotros nos hacen percibir formas reconocibles, como caras o

figuras, en elementos naturales aleatorios. La observación atenta nos lleva a descubrir rostros sonrientes en una corteza de árbol, a encontrarnos con figuras danzantes en el reflejo de una gota de agua o a vislumbrar seres fantásticos en los contornos de las hojas. Es como si la naturaleza se divertiera al desafiar nuestros sentidos y despertar nuestra imaginación.

COMPOSICIÓN

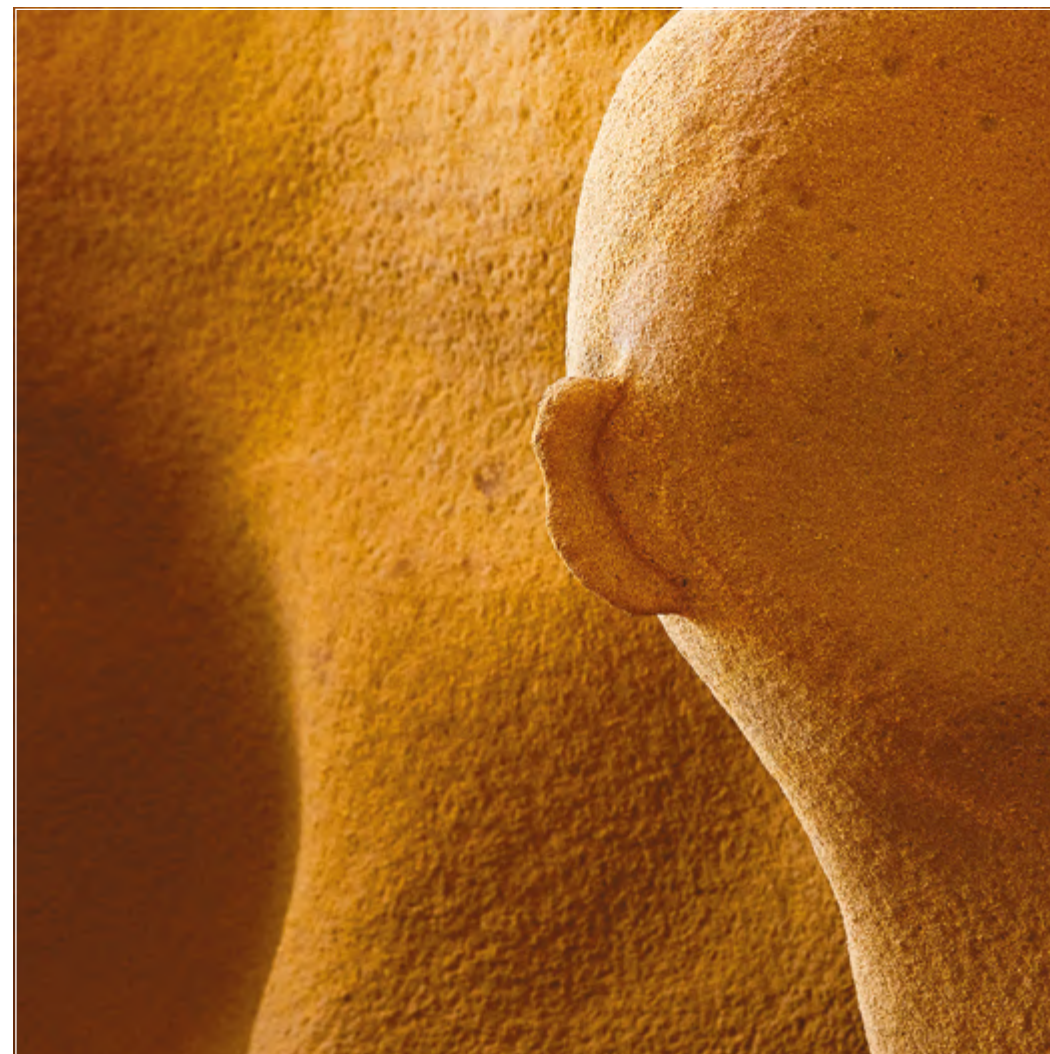
En un gran paisaje, la capacidad del autor para componer y decidir qué entra y qué no entra en el encuadre tiene gran importancia, pero no siempre podemos hacer todo lo que deseáramos. En la fotografía de los pequeños paisajes, la composición desempeña un papel fundamental, ya que nuestra capacidad de «ordenar» el encuadre se multiplica al traba-

jar en espacios muy reducidos y en los que muchas veces da igual si la cámara está a nivel o no. Buscamos ángulos y encuadres que destaquen la singularidad del sujeto, creando composiciones que transmitan su esencia de manera impactante. Las líneas diagonales nos brindan un sentido de movimiento y energía, mientras que las líneas horizontales y verticales generan una sensación de estabilidad y equilibrio.

La capacidad de ver el contraste entre un insignificante elemento con todo aquello que le rodea, para erigirlo como auténtico protagonista, se multiplica.

Exploramos la repetición de formas y estructuras en elementos naturales, como las ramas de un árbol o las hojas en el suelo.

Además, buscamos texturas que transmitan la sensación táctil y la delicadeza de los elementos



Escuchando el silencio
La forma de la roca y la luz lateral dan vida a este paisaje. Silencio. ¿Lo oyes?

capturados. La rugosidad de una corteza de árbol o la suavidad de los pétalos de una flor se vuelven palpables a través de nuestras imágenes.

La elección del color también nos permite resaltar elementos específicos dentro del pequeño paisaje. Podemos utilizar colores complementarios para crear puntos focales y guiar la mirada del espectador hacia áreas específicas de la imagen. O podemos buscar tonos suaves y apacibles,

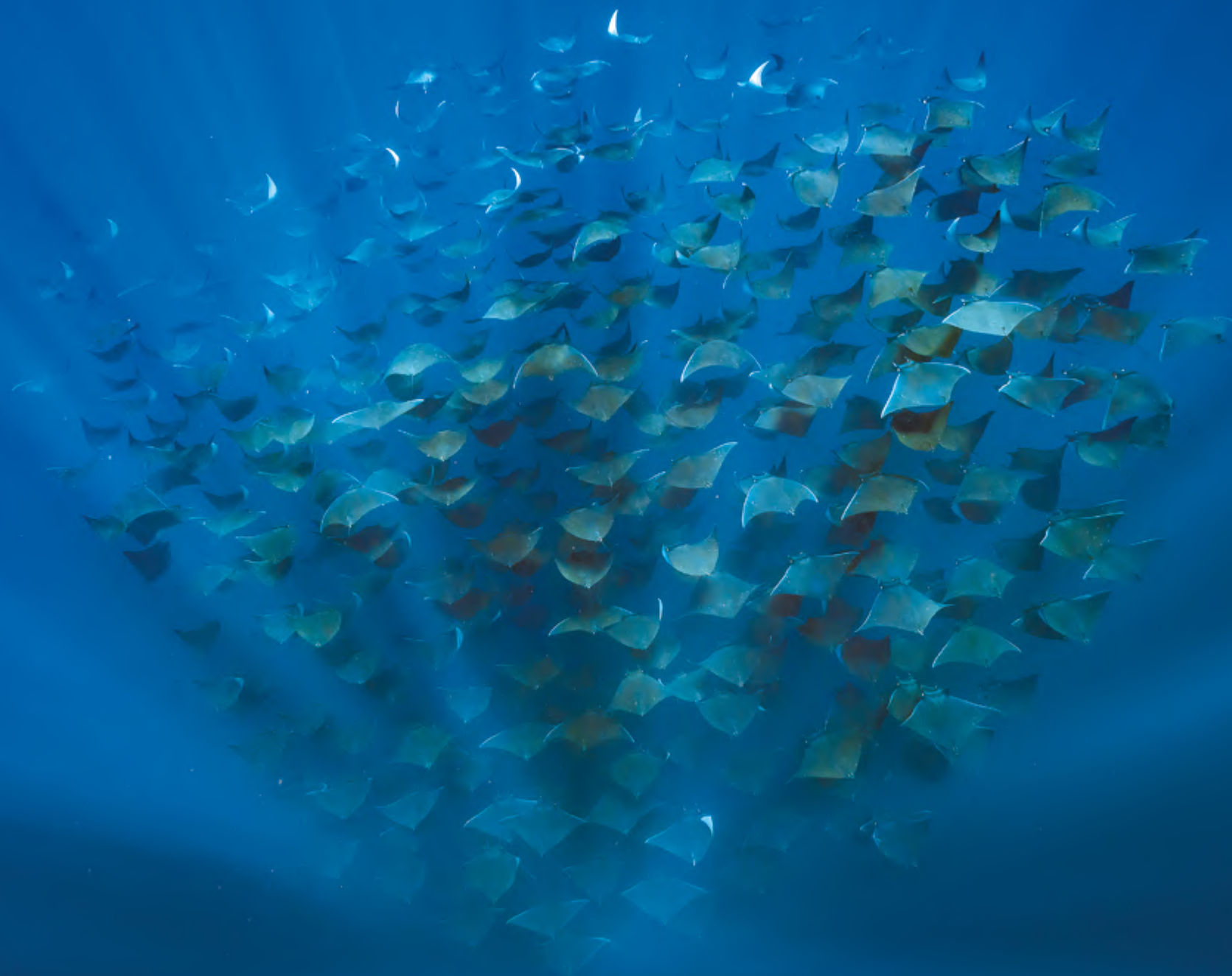
que nos permiten transmitir una sensación de equilibrio en la imagen, creando una experiencia visual relajante y tranquilizadora.

Las posibilidades que tenemos son infinitas.

Espero que este texto anime a todos aquellos que sentís la pasión por explorar y fotografiar la naturaleza a descubrir la magia oculta en cada detalle, a abrir vuestras mentes a nuevas y creativas composiciones. En esta búsqueda, descubriréis que

estos pequeños mundos ofrecen infinitas posibilidades para la contemplación y la creatividad y que vuestra conexión con la naturaleza se transformará y establecerá de una forma más profunda. Dejad que la ansiedad desaparezca para dejar paso a una fotografía donde el tiempo se detiene.

Fotografías y texto de
Javier Alonso Torre
javieralonsotorre.com





Buffet time (Buffet libre). Orcas (*Orcinus orca*) y *Mobula* sp. La Ventana (Baja California Sur, México). Sony a7 III, FE 16-35 mm, f/4 (a 16 mm), f/11, 1/320 s, ISO 1600, carcasa

The Hunter (El cazador). Marlin rayado (*Kajikia audax*). Baja California Sur (México). Sony a7 III, FE16-35 mm f/4 (a 32 mm), f/7.1, 1/320 s, ISO 800, carcasa



Dancing with Sunbeams (Bailando entre rayos de sol). Cormorán (*Phalacrocorax* sp.). Los islotes (Baja California Sur, México). Sony a7 III, FE 16-35 mm f/4 (a 16 mm), f/7.1, 1/200 s, ISO 640, 2 flashes

Motherhood (Maternidad). Ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*). Cayo Sal (Islas Turcas y Caicos). Sony a7 III, FE 16-35 mm f/4 (a 22 mm), f/9, 1/400 s, ISO 640



MERCHE LLOBERA

Apasionada del mundo animal y aventurera por naturaleza, Merche es una fotógrafa española que se dedica a capturar la belleza y la esencia de la fauna y el mundo submarino.

Su amor por los animales se refleja en cada una de sus imágenes, que transportan al espectador a un mundo lleno de vida y emoción.

Su carrera fotográfica comenzó de forma casual cuando, en 2019, decidió comprarse una cámara y una carcasa para poder hacer fotografía submarina, algo que siempre le había llamado la atención.

Desde entonces, ha viajado por todo el mundo para compartir los océanos y la tierra con animales salvajes y para capturarlos en sus fotografías de una forma especial y única.

A través de sus imágenes, Merche busca transmitir un mensaje vital sobre la importancia de

la conservación de los animales y su hábitat natural.

Además de su labor fotográfica, Merche ha compartido su conocimiento y pasión como profesora en el programa Fotografía de Fauna de AFRISOS (African School of Storytelling) en Tanzania. Un proyecto precioso destinado a crear fotógrafos africanos que puedan contar las historias de su continente.

Su trabajo ha sido reconocido en varios concursos internacionales, en los que ha recibido premios y menciones de honor, como el Ocean Photographer of the Year, Nature in Focus, MontPhoto, Siena Awards, Asisafoto, Mono Awards y 8th 35Awards, entre otros. Además, ha sido miembro del equipo español del World Photographic Cup 2023, donde fue nombrada mejor fotógrafa de la nación 2023.

Ha publicado sus fotos en varias revistas y en medios de

renombre, como *National Geographic España*, *The Guardian*, *Forbes*, *BBC Earth*, *Sony Alpha Universe*, etc.

También participó en el primer volumen de la revista *MOTHER* colaborando con otras catorce mujeres fotógrafas. Juntas, buscan destacar la profunda conexión entre la naturaleza y nuestras vidas, promoviendo la conservación y el aprecio por el mundo natural.



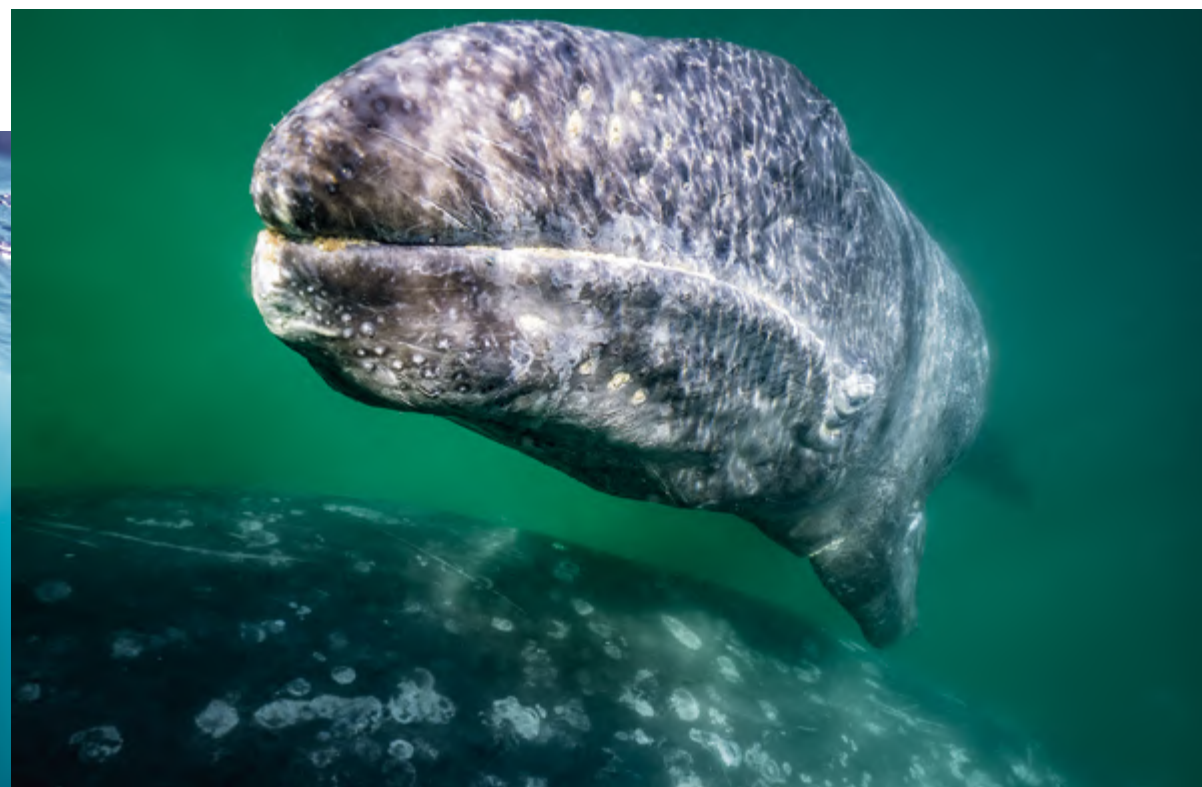
merchellobera.com

Spirits of the Sea (Espíritus del mar). Delfín común (*Delphinus capensis*). Sudáfrica. Sony a7Rv, DT 8-15 mm f/4 (a 15 mm), f/8, 1/640 s, ISO 1250



Synchronized (Sincronizadas). Mobula tarapacana (*Mobula tarapacana*). Costa Rica. Sony a7 III, FE 16-35 mm f/4 (a 16 mm), f/6.3, 1/500 s, ISO 800

Curiosity (Curiosidad). Ballena gris (*Eschrichtius robustus*). Bahía Magdalena (Baja California Sur, México). Sony a7 III, FE16-35 mm f/4 (a 16 mm), f/8, 1/200 s, ISO 640

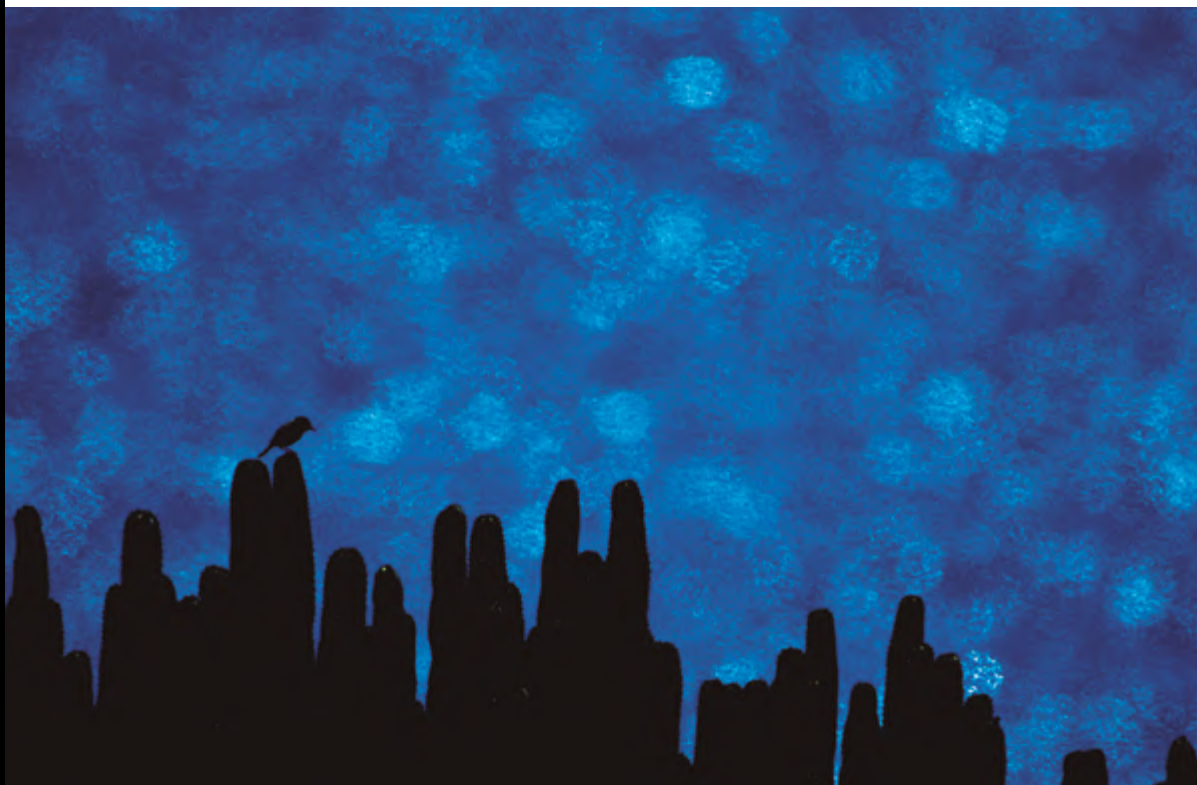






Lluvia de estrellas. Blanquiverdosa (*Pontia daplidice*). Tenerife. Nikon D850, 180 mm, f/18, 0.4 s, ISO 800, luz continua, flash

Dibujando pajaritos. Bisbita caminero (*Anthus berthelotii*). Tenerife. Nikon D750, 600 mm, f/8, 1/1250 s, ISO 200



Un mundo de colores. Galerina. Tenerife. Nikon D850, 180 mm Macro, f/18, 1/125 s, ISO 1250





Apocalipsis. La Palma. Nikon D850, 600 mm, f/9, 1/250 s, ISO 500

En primera línea. La Palma. Nikon D850, 24 mm, f/2.8, 30s, ISO 400



La nueva vida. La Palma. L1D-20c (dron), 28 mm, f/7.1, 1/100 s, ISO 200

ARAI ALONSO

Nací en 1988 en la isla de Tenerife, donde actualmente resido y me dedico al mundo audiovisual. En concreto, vivo en Punta del Hidalgo, un pequeño pueblo costero del norte de la isla.

El poder disfrutar de los cambios de luz en este bello paisaje, con amaneceres y atardeceres serenos, creó en mí desde pequeño el impulso natural de intentar captar esos momentos únicos e irrepetibles. Así nació mi afición a la fotografía de naturaleza.

Mi primer contacto con una cámara fue con tan solo diez años. Con el dinero que me regalaron por mi primera comunión, me compré mi primera cámara analógica, una Nikon F-601, que aún conservo y que funciona. No obstante, no fue hasta diez años

después, en 2008, cuando di el salto al sistema digital, comprando una modesta Nikon D60 con la que aprendí y evolucioné en este maravilloso mundo.

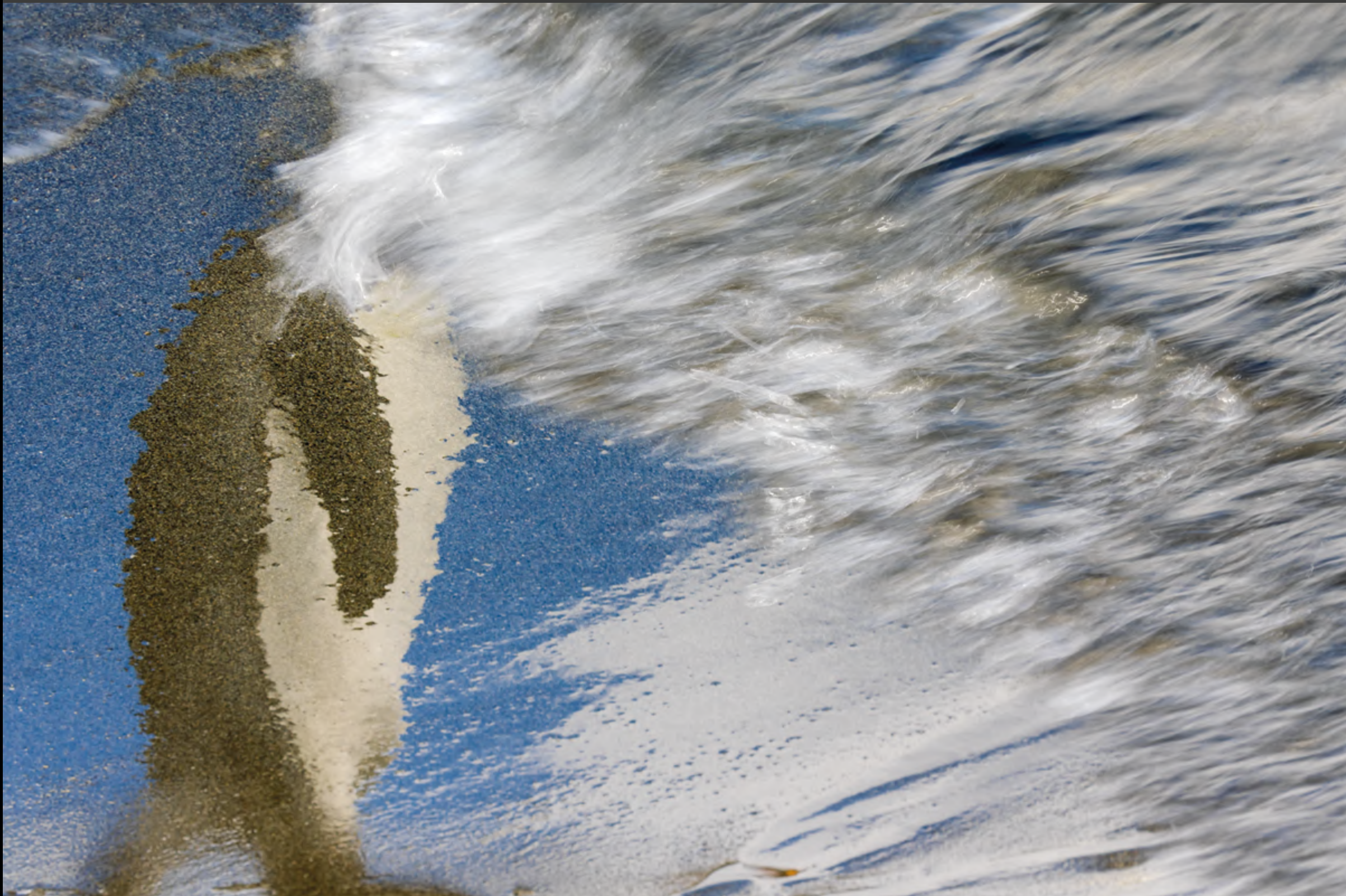
Tengo como gran pasión la naturaleza, la cual he abordado desde diferentes disciplinas fotográficas, como el paisaje, la flora, la fauna, la fotografía nocturna y la fotografía macro. El haberme enfrentado a todas estas temáticas ha hecho de mí un fotógrafo multidisciplinar con una visión general de la fotografía.

A lo largo de mi pequeña pero intensa carrera fotográfica, he tenido la suerte de conocer a grandes maestros de la fotografía, de los cuales he aprendido muchísimas cosas y me han hecho el camino mucho

más llevadero. También he tenido la suerte de ser premiado en los mejores concursos de fotografía de naturaleza de España y del mundo, donde he tenido la oportunidad de conocer personalmente a todos esos maestros de este maravilloso mundo.



@alomeli_photography



Acicalado. Chorlito maorí (*Charadrius obscurus*). Playa de Omaha (Nueva Zelanda). Canon R3, Canon RF 600 mm f/4, f/4.5, 1/800 s, 1600 ISO



Leopardo azul. Agua de Bougainville (Papúa Nueva Guinea). Canon R3, RF600 mm + teleconvertidor 1.4× (840 mm), f/10, 1/125 s, ISO 100

Alarma. Pingüino rey (*Aptenodytes patagonicus*). Isla de Macquarie (Australia). Canon 1DX Mark II, Canon 500 mm f/4 L IS II, f/5.6, 1/3200 s, ISO 1600





Vigilante. Chorlito maorí (*Charadrius obscurus*). Playa de Omaha (Nueva Zelanda). Canon R3, Canon RF 600 mm f/4, f/5, 1/1600 s, 1250 ISO

RAFAEL ARMADA

Siendo un niño, una guía de aves cayó en mis manos: «la Peterson». Cada día, exploraba sus páginas de descripciones, mapas e ilustraciones. Imaginaba expediciones en las que veía todas las especies de aves descritas en ella. Durante años, mi propósito fue ver tantas como pudiera; registrarlas con mi retina, con mis oídos y con mi cámara.

A pesar de haber crecido en una gran ciudad como Barcelona, descubrí en la observación de aves una forma de conectar con la naturaleza. Sin apenas darme cuenta, fotografiar aves se tornó casi tan importante como la observación misma.

He tenido el privilegio de explorar algunos de los rincones más remotos del mundo en busca de aves, buscando capturar

momentos y especies que, en un principio, parecían imposibles; y tratando de documentar el comportamiento, la belleza y la complejidad del mundo natural.

Algunas de mis fotografías han sido incluidas en la literatura ornitológica. Otras, premiadas en certámenes internacionales; entre ellas, dos oros en el Bird Photographer of the Year y el gran premio de Fotografía en el Festival Internacional de Naturaleza Namur. Sin embargo, el premio más grande que recibo es ese mensaje de alguien que me dice que ha empezado a mirar aves «por mi culpa», que antes no les prestaba atención y que ahora las encuentra por todos lados. Ese es el clic que más me interesa dar.

Todo lo que hago actualmente está dedicado a las aves,

y utilizar la fotografía como herramienta para su conservación es el eje principal de mi proyecto personal.

Actualmente estoy trabajando en mi primer libro, que incluirá un buen número de fotografías e historias sobre lugares, viajes y aves.



rafaelarmadaphoto.com



Esgrimista. Colibrí picoespada (*Ensifera ensifera*). Bogotá (Colombia). Canon R5, Canon 600 mm f/4 L IS III, f/4, 1/1000 s, ISO 5000, trípode

Vuelo a vela. Albatros tizado (*Phoebastria palpebrata*). Archipiélago de las Antípoda (Nueva Zelanda). Canon 1DX Mark II, Canon 500 mm f/4 L IS II, f/11, 1/1600 s, ISO 1600







Trail Avenue. Parque nacional de los Arcos (Utah, EE. UU.). Nikon D610, Nikkor 18-35 mm, f/11, 1/30 s, ISO 100

Nevada temprana. Parque nacional del Cañón Bryce (Utah, EE. UU.). Nikon D610, Nikkor 18-35 mm, f/11, 1/160 s, ISO 100



Bisonte americano (*Bison bison*). Parque nacional Yellowstone (Wyoming, EE. UU.). Nikon D700, Tamron 150-600 mm, f/6.3, 1/250 s, ISO 200





Juguetones. Parque nacional Amboseli (Kenia). Nikon D610, Tamron 150-600 mm, f/6.3, 1/320 s, ISO 400

JUANJO TEIJEIRA

Nací en Madrid en 1953. En esta comunidad pasé la mayor parte de mi vida, pero, en la actualidad, resido en Torroella de Montgrí (Gerona).

Fotografio desde joven de forma autodidacta. Hace muchos años hacía fotografía testimonial mientras practicaba actividades de montaña, escalada, espeleología, buceo... Miles de diapositivas reposan aún en ordenadas carpetas en la oscuridad del trastero, fieles testigos de actividades, en algunos casos, ya abandonadas.

Pasados los años y a punto de «lo digital», retomé la actividad casi con exclusividad y pasión renovada. Hoy continúo con la búsqueda.

Me entusiasma la naturaleza y, en consecuencia, es lo que más me gusta fotografiar. Adoro el paisaje, los grandes espacios, cuanto más salvajes mejor —algo, por desgracia, muy difícil hoy en día—. Últimamente se está convirtiendo en una obsesión con la que estoy encantado, pues me apasiona.

La mayor parte de mi trabajo lo realizo en color. Sin embargo, mis imágenes preferidas, curiosamente, están en blanco y negro.

Cuando salgo al campo, a la naturaleza, no busco imágenes «para blanco y negro», solo busco imágenes, dejo que el ambiente me transmita, me inspire; yo solo miro, que no es poco.

Ciertamente, hay ocasiones, las menos, en las que me digo: «Esta es para B/N», aunque luego no sea así. Pero casi siempre es al contrario: ya en el «laboratorio», frente al ordenador, veo realmente la imagen, a veces a los pocos días —es lo que suelo esperar antes de ver lo que he traído—, en ocasiones, después de varios meses o años. Pienso que estas imágenes son como el vino, están ahí reposando en la oscuridad del disco duro, madurando, hasta que un día las descubro y las «cato» y, realmente, en algunas ocasiones me gusta su aroma.

El recuerdo de grandes maestros siempre está presente: Ansel Adams, Sebastião Salgado, David Fokos, Chuck Kimmerle, Munem Wasif, bueno..., hay tantos y tan buenos que sería interminable mencionarlos a todos. Como decía, el recuerdo de grandes maestros siempre es inspirador y ver sus obras es también muy didáctico.

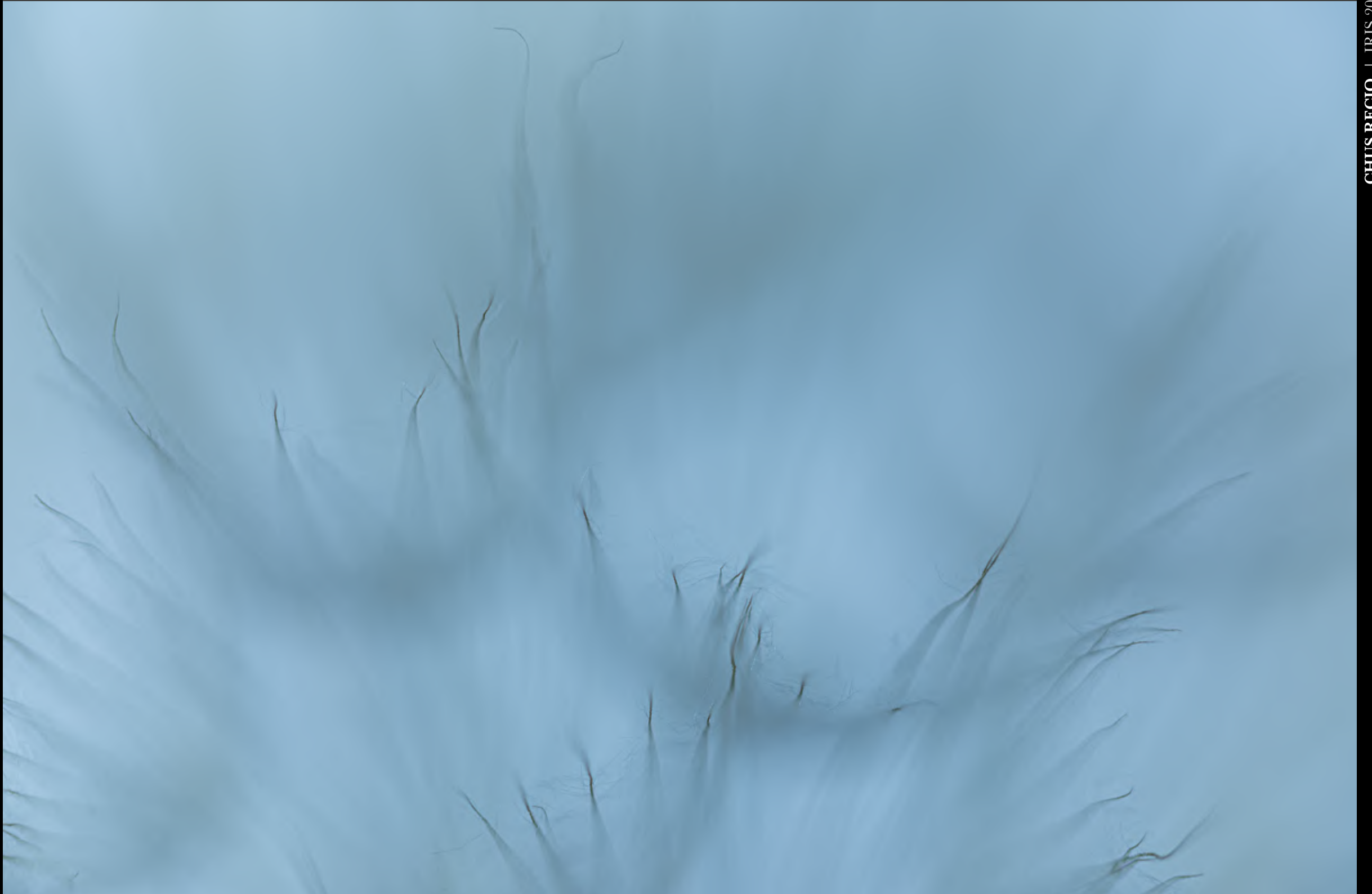
Así pues, imágenes en blanco y negro evocadoras, expresivas, artísticas.



jteijeiralabelos.jimdofree.com

Parque nacional Yellowstone (Wyoming, EE. UU.). Nikon D610, Nikkor 18-35 mm, f/20, 1/25 s, ISO 100

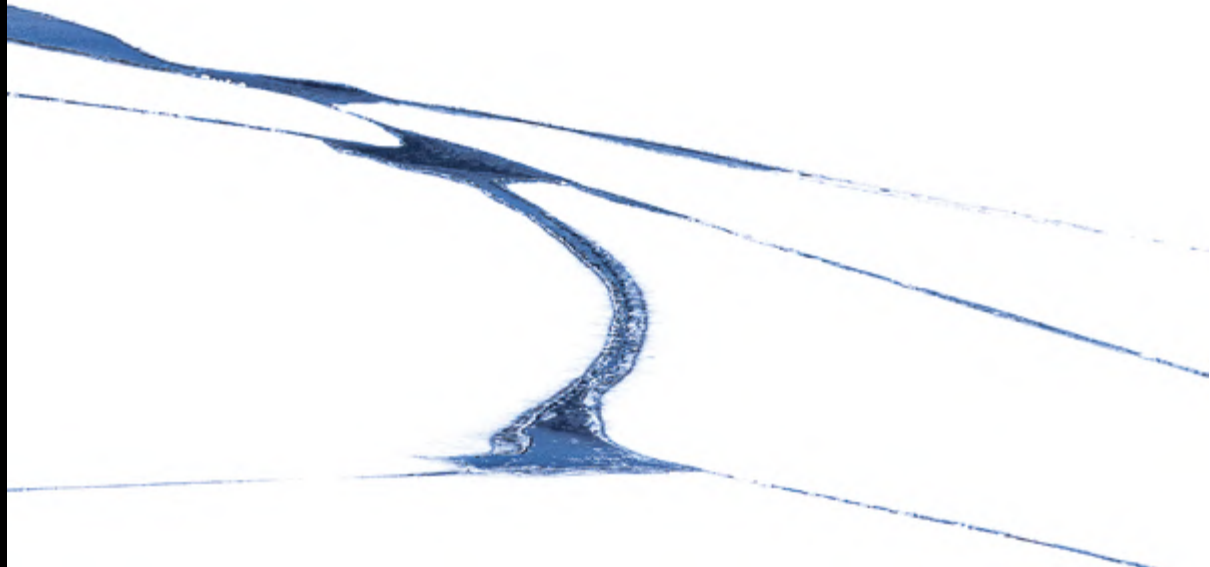






Esencia del vuelo. Colmenar Viejo. Canon 1Dx Mark III, Canon EF-600 mm f/4 IS II USM + teleconvertidor 2x (a 1200 mm), f/20, 1/8 s, ISO 50, trípode

Grietas. Pirineos. Canon 5D Mark IV, Canon EF 100-400 mm f/4-5.6L IS III USM (a 400 mm), f/5.6, 1/1000 s, ISO 500



Otra manera de volar. Antártida. Canon 1Dx Mark III, Canon EF 600 mm f/4.6L IS II USM, f/4, 1/259 s, ISO 125

Frente al abismo. Kenia. Canon 1Dx Mark III, Canon EF-600 mm f/4 IS II USM, f/4, 1/2000 s, ISO 200





Líneas de fuego. Riotinto (Huelva). Canon EOS 5D Mark IV, Canon EF 100-400 mm f/4-5.6L IS III USM (a 227 mm), f/5, 1/1000 s, ISO 500, trípode

El baile de las almas. Laguna del parque de la naturaleza de Cabárceno (Cantabria). Canon EOS 5D mark IV, Canon EF 100-400 mm f/4-5.6L IS III USM (a 400 mm), f/10, 1/1000 s, ISO 50, trípode



Lágrimas de amatista, espectros de cristal. Pantano de Pedrezuela (Madrid). Canon 1Dx Mark III, Canon EF 100-400 mm f/4-5.6L IS III USM (a 400 mm), f/11, 145 s, ISO 100

CHUS RECIO

Nací en Madrid y pronto descubrí mi fascinación por los libros y por los detalles... Haciendo más las palabras de Sándor Márai: «Solo, a través de los detalles, podemos comprender lo esencial; así lo he experimentado yo en la fotografía y en la vida». Las circunstancias me condicionaron a estudiar una carrera universitaria que no hubiera elegido en otra situación: soy ingeniera de Telecomunicaciones y doctora en Filosofía y Letras, de formación, y etóloga, artista y fotógrafa de vocación.

A lo largo de los años, fue creciendo en mí la necesidad de viajar para conocer diferentes culturas, paisajes y maneras de entender la vida. Como forma de traerme un «pedacito» de cada una de esas vivencias, nació mi afición por la fotografía. Irónicamente, mu-

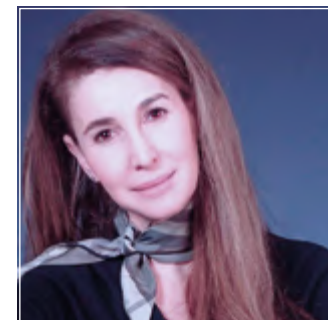
chas de las fotografías que tomo contienen pequeños detalles que podrían encontrarse en cualquier lugar del planeta.

Lo que aprendí, con el tiempo, fue que la finalidad con la que elegía el encuadre no era otra que captar una emoción, la que sentía en un momento determinado, la que me permitiría recuperar, cada vez que mirara la fotografía, ese diálogo que mantuve en el momento de tomarla y que, de algún modo, refleja una parte de mí: de lo que fui o pude haber sido, de lo que soy o de lo que me gustaría ser.

Vivo en el campo desde hace más de quince años. Me trasladé a él buscando el contacto con la naturaleza. Ello me permite desconectar del mundanal ruido de la ciudad, disfrutar del silencio y del

canto de los pájaros, del calor de la chimenea, de la serenidad de la nieve, de la lectura al aire libre y de la compañía de la soledad...

Como muestra de mi pasión por el arte y la fotografía..., varios proyectos fotográficos, algunas exposiciones, premios, colaboraciones, menciones, talleres, conferencias, libros...



chusrecio.com





Verde corona. Bosque encantado de Urbasa (Navarra). Canon 5D Mark IV, EF 11-24 mm f/4L USM (a 11 mm), f/7.1, 1/8 s, ISO 500

Un paisaje contrario. Río Tinto (Huelva). Canon 5D Mark IV, EF 24-105 mm IS II USM (a 105 mm), f/8, 301 s, ISO 320



Dark Autumn XII. Escombrera de Barruelo de Santullán (Montaña Palentina). Canon 5D Mark IV, EF 100-400 mm IS II USM (a 600 mm), f/14, 0.8 s, ISO 200



Retorcida congelación. Lago Baikal (Rusia). Canon 5D Mark IV, EF 11-24 mm f/4L USM (a 11 mm), f/11, 1/320 s, ISO 400



Huellas en color. Río Tinto (Huelva). Canon 5D Mark IV, EF 100-400 mm IS II USM (a 312 mm), f/18, 1 s, ISO 100

JUAN GARCÍA LUCAS, PIXELECTA

La fotografía siempre me gustó, pero es desde la era digital que empecé a interesarme en ella de verdad debido a su accesibilidad.

Me atraen muchas disciplinas, pero en la que me siento más cómodo es en la fotografía de naturaleza, por la emoción de vivirla y por la creatividad positiva que nos brinda.

Lo que me motiva a la hora de fotografiar es encontrar una imagen que no esté registrada en mi mente, que no me recuerde a otras fotos ya creadas antes, y es por ello por lo que busco lo que para mí es original. O lo intento.

El patio de recreo en el que más suelo jugar es mi querida Montaña Palentina, pero siempre que puedo, disfruto de viajes con otros compañeros que, al igual que yo, aman la fotografía.

Hay un antes y un después desde que cumplí el reto de publicar una foto diaria, durante el año 2015, en la página de Facebook 365 Montaña Palentina, donde enseñaba los tesoros desconocidos del Parque.

Soy miembro del colectivo Portfolio Natural desde el año 2020. He colaborado fotográficamente en algunos libros de etnobotánica y en publicaciones como *Grandes Espacios*, *ModeM Magazine*, *LNH* o *Iris* de AEFONA.

Colaboro con reconocidos fotógrafos españoles, como Javier Alonso Torre o Paco Farero, impartiendo talleres fotográficos ya sea como guía o como tutor.

He obtenido reconocimientos en varios concursos internacionales, como el GDT, SIPA, MontPhoto, MML, NPOTY, Foto-

Noja, Trierenberg, SIPA DRONE, Narava, TGI, AEFONA, Naturcyl, entre otros.

En 2020 monté la exposición «Naturaleza de altura», en el programa del BANFF Mountain Film Festival World Tour Spain.

También realicé las fotografías para la promoción turística de la ciudad de Palencia.



pixelecta.com





Ignacio Medem Seghers. *Pulmones.* Desembocadura del río Colorado en el Mar de Cortés (México). Dron Mavic 3, f/7.1, 1/200 s, ISO 100

Germán Bellón Aradas. *Bolos.* Playa de Los Guirres (Tazacorte, La Palma). Nikon D7000, 19.5 mm, f/8, 3 s, ISO 100, filtro de densidad neutra de 6 diafragmas, filtro degradado inverso de 3 diafragmas, trípode



Mario Suárez Porras. *Splash.* Garceta común (*Egretta garzetta*). Asturias. Canon EOS 5D Mark III EF 300 mm f/2.8L IS II USM + teleconvertidor 2× III, f/7.1, 1/2000 s (-3.3 EV), ISO 640, minitrípode





Luisa Lynch. Trio. Abejarucos (*Merops apiaster*). Segovia. Nikon Z9, 600 mm, f/9, 1/2000 s, ISO 2000



Rubén Sánchez. Un vuelo imperial. Águila Imperial (*Aquila adalberti*). Finca El Millarón (Extremadura). Canon 250D, Sigma 500 mm (a 289 mm), f/6.3, 1/640 s, ISO 1600, trípode, hide

Eduard Villar Leonart. Un dragon en la nieve. Nikon D500, Tamron 150/600 mm G2 (a 600 mm), f/6.3, 1/2500 s, ISO 1600



Cristina Morera Merino. Primeros pasos. Chorlitejo patinegro (*Charadrius alexandrinus*). Roses (Gerona). Nikon D500, Sigma 150-600 mm f/5-6.3 DG OS HSM | S (a 600 mm), f/7.1, 1/800 s, ISO 720





Marta Roldán Melgosa. *Abstracción.* Libélula azul (*Calopteryx splendens*). Río Duero (Soria). Sony Alpha 6600, Sigma 100-400 mm DG DN OS (a 400 mm), f/6.3, 1/600 s, ISO 2000

Xavi Flores. Siurana (Tarragona). Sony ILCE-7RM3, 35 mm, f/8, 77 s, ISO 100, filtros de densidad neutra, trípode



José Antonio Alcázar. *Tarde de invierno.* Laguna de Navaseca (Daimiel). Pentax K-5, Sigma 50-500 mm f/4.5-6.3 DG OS HSM, f/11, 0.6 s, ISO 100, filtro polarizador

Carne Aracil. *Temporal en la costa.* Barcelona. Nikon D7500, Nikkor 24-70 mm, f/5, 0.6 s, ISO 250, trípode





Pablo Solano García. Frailecillo atlántico (*Fratercula arctica*). Islas Saltee (Irlanda). Canon EOS-1DX, Canon 70-200 mm f/2.8 USM + teleconvertidor 1.4× II (a 280 mm), f/5.6, 1/2000 s, ISO 400

Jordi Oriol. Mosca. Zanzíbar (Tanzania). OM-1, OM 90 mm f/3.5, f/5, 1/200 s, ISO 800



Lola López. Carbonero común (*Parus major*). Segovia. Nikon D500, Tele Sigma 150-600 mm Sport, f/8, 1/250 s, ISO 500, 3 flashes, fondo blanco, *hide*





Joaquín González. Cavernícola. Araña cavernícola (*Meta bourneti*). Cueva del Rejo (Cantabria). Nikon D810, Micro-Nikkor 105 mm, f/11, 1/250 s, ISO 200, flash, antorcha de LED, trípode

José Enrique Martínez. Cripsis. Rana patilarga (*Rana iberica*) en hojarasca de haya. Lago Enol (Asturias). Nikon FM2, 60 mm Macro, f/6.3, 1/8 s, ISO 50, trípode



Pancho R. Eguiaray. Atardecer. Lince ibérico (*Lynx pardinus*). Castilla-La Mancha, Canon EOS-1D X Mark III, Canon EF100-400 mm, f/5.6, 1/800 s, ISO 1000, hide

Ángel Enrique Díaz Manrique. Tres cachorros de lince ibérico (*Lynx lynx*) sacian la sed. Ciudad Real. Nikon Z6, Nikkor 500 mm f/4, f/4, 1/100 s, ISO 3600



